

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

## ABOGAR CONTRA SI MISMO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

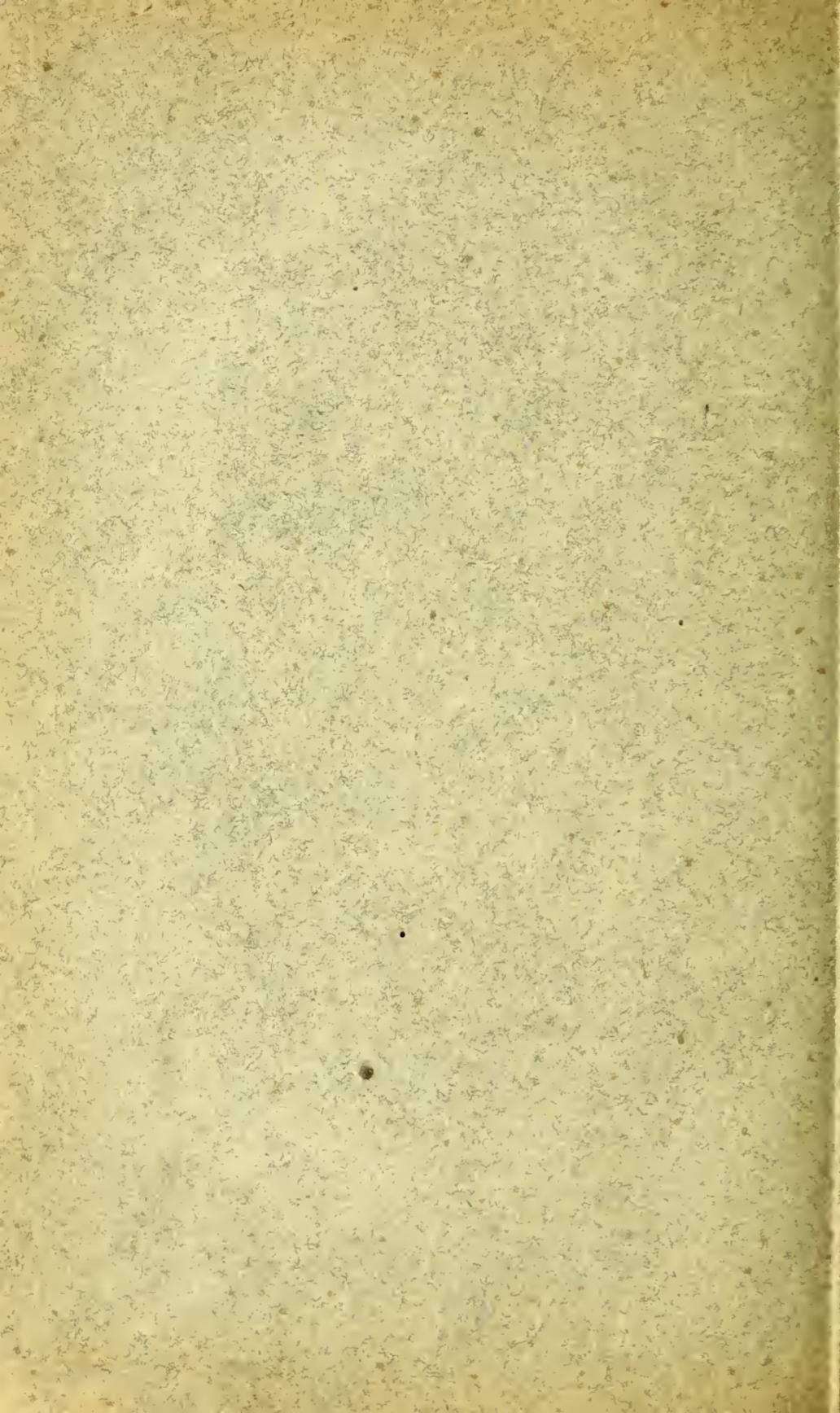
ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

MADRID  
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR*(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)*

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1895



ABOGAR CONTRA SÍ MISMO



# ABOGAR CONTRA SÍ MISMO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA en la noche del 6 de Febrero  
de 1893.



MADRID  
IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ  
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

—  
1893

## PERSONAJES

---

## ACTORES

---

ÁNGELA.....	SRTA.	GUERRERO (María.)
SERAFINA.....	»	ALVERÁ (Sofía.)
LUISA.....	SRA.	RUIZ (Concha.)
BENITA.....	SRTA.	CANCIO.
MARTINA.....	»	NESTOSA (Pepita.)
DON PEDRO.....	SR.	MARIO (Emilio.)
DON JUAN.....	»	CEPILLO (Miguel.)
ARTURO.....	»	GARCÍA ORTEGA.
JAVIER.....	»	JUAN BALAGUER.
GEDEÓN.....	»	LUIS ROMEA.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

# ACTO PRIMERO

Habitación amueblada con mucho lujo. Puertas laterales y en el fondo. Velador á la izquierda en primer término.

## ESCENA PRIMERA

DON JUAN, DON PEDRO, LUISA, JAVIER y  
ARTURO

Javier paseándose y declamando: los demás alrededor del velador tomando café.

**JAVIER.** (Con mucho calor.)  
¡La juventud! ¡Ah, señores!  
¿Qué es la juventud? ¡El nervio,  
los músculos y la sangre  
de familias y de pueblos!  
¡Ella realiza lo heróico,  
y lo sublime y lo bello;  
que ella sola puede hacer  
lo que necesita esfuerzo!  
¿Qué edad tenía Alejandro  
cuando, cruzando desiertos,  
salvando mares y montes  
al frente de sus guerreros,  
fundó en Europa y en Asia  
el más dilatado imperio?

¡Veinte años! Después, los años  
y los vicios le vencieron.

¿A qué edad el noble César  
fué señor del Universo?

Muy joven. Luégo, más tarde,  
calvo, cincuentón y enfermo,  
le engañaron cuatro pilos,  
y se dejó dar por ellos  
unas cuantas puñaladas  
como cualquier interfecto.

Y era joven y entusiasta  
el vencedor en Marengo  
y en Leipzig, y le pegaron  
en cuanto dejó de serlo.

¡Ah, señores!

JUAN. (Levantándose.) Oye, espera.

Perdóname si te dejo:  
con lo que va de discurso  
á mí me basta. Hasta luégo.

(Sale por la primera de la derecha.)

JAVIER. ¡Ah, la juventud!

PEDRO. (Interrumpiéndole.) Aguarda.

Yo también por satisfecho  
me doy con lo que he escuchado;  
pero como aquí me encuentro  
muy á mi gusto y sin ganas  
de moverme, yo te ruego  
que te vayas á otra parte  
con el discurso.

JAVIER. ¡Escocieron  
mis verdades!

ARTURO. Vámonos.

JAVIER. Sí, vámonos. Charlaremos  
los dos de la juventud.

ARTURO. Y del amor.

PEDRO. Buen provecho.

(Salen Javier y Arturo por la segunda de la izquierda.)

## ESCENA II

LUISA y DON PEDRO

- PEDRO. ¡Pero qué cabeza tiene  
este chico, Dios eterno!  
Este hijo de mis pecados  
nada ha de tratar en serio.
- LUISA. La cabeza algo ligera,  
pero el corazón muy bueno.  
Es el mejor de la casa  
mi hermano.
- PEDRO. Sí, por supuesto.  
¡Qué á gusto me encuentro aquí!  
Nada, después de un almuerzo  
escogido y de una taza  
llena de café muy negro,  
nada mejor que un cigarro.  
(Encendiendo un puro.)
- LUISA. No; después de un buen almuerzo,  
un buen libro. (Abriendo un libro.)
- PEDRO. No disputo.  
Las opiniones respeto.  
Cada cual sus aficiones.  
Tú haz lo que quieras. Yo enciendo  
mi cigarro.
- LUISA. Yo abro el libro.
- PEDRO. Pues leamos.
- LUISA. Y fumemos. (Riendo.)  
(Don Pedro fuma: Luisa lee. Pausa.)  
¡Muy bonito, muy bonito!  
¡Este es un tipo perfecto,  
encantador! ¡Pobre chica!  
¡Jesús, qué hombre! Ya le tengo  
rabia. Pero, ¿qué va á hacer  
el pobre? No le acusemos.  
(Esta es la vida. En el mundo  
siempre un maldito tercero  
nos quita las alegrías  
y nos arrebató el sueño.)
- PEDRO. ¿Qué lees?

- LUISA. Una novela.
- PEDRO. ¿Interesante?
- LUISA. En extremo.
- Hay un tipo de mujer  
encantador, hechicero.  
Está enamorada de uno.
- PEDRO. ¡Holal pues eso no es nuevo.
- LUISA. Le adora con toda el alma,  
y él no la quiere.
- PEDRO. ¡Ah, perversos!
- LUISA. Él ni se ha enterado.
- PEDRO. ¡Pícaro!
- LUISA. Le gusta otra.
- PEDRO. Tampoco eso  
es nuevo.
- LUISA. Mas ella no  
le persigue con sus celos,  
ni le odia, ni le aborrece,  
ni siente mortal despecho;  
sufre, se resigna, calla,  
sigue amándole en silencio,  
procura hacer al ingrato  
feliz por todos los medios,  
y da su vida por él  
cuando es necesario hacerlo.
- PEDRO. Muy bonito, no lo niego;  
sobre todo para él,  
que es el que saca provecho.  
Vamos á ver, ¿no es bonito?
- LUISA. Nada hay como el sacrificio  
en la vida: es lo supremo,  
es lo sublime, es lo santo.  
Vale poco el cumplimiento  
de un deber, porque en la vida,  
si el hacer lo que debemos  
no nos lastima, el cumplir  
un deber no tiene mérito  
y es acto que vale más  
pues supone gran esfuerzo,  
por la dicha de otro dar  
nuestra dicha en el empeño,  
¡y hasta la vida! Cumplir

un deber es justo y bueno;  
pero siempre el sacrificio  
es más grande y es más bello.

PEDRO. Hija, ¡qué filosofía!  
Me estás dejando lo suspenso.

LUISA. Y yo sería capaz...

PEDRO. Eso sí que no lo creo.

LUISA. ¿Que no? ¿por qué?

PEDRO. Tú lo has dicho.

Porque necesita esfuerzo  
el sacrificio, y tú eres  
dulce y callada, de afectos  
profundos, pero tranquilos.

LUISA. ¡Cómo te engañas!

PEDRO. No hablemos

de sacrificios, de luchas,  
de penas y sufrimientos.

Al pensar en ti, hija mía,  
yo solo alegrías pienso.

(Se levanta y se acerca á Luisa.)

En mis cuadros de colores  
alegres, no pongas negro.

Ese libro te impresiona  
porque habla á algún sentimiento  
de tu corazón, ¿verdad?

¡Cómo hasta el fondo penetro  
de tu alma hermosa y allí  
con cuánta claridad leo!

Quieres... Porque quieres dudas.

No dudes. Ten fe, no miedo.

Lo que deseas será.

Será porque yo lo quiero.

Y por ti no hay en el mundo  
ni sacrificio, ni esfuerzo,  
que no llegue á hacer tu padre,  
porque aunque diga ese necio,

que es sólo la juventud  
capaz de grandes portentos  
por una hija á quien adora,  
¿qué no puede hacer un viejo?

LUISA. Padre mío de mi vida,  
tus palabras son consuelo

para mi alma.

PEDRO. ¿Me he engañado?

LUISA. No te engañas. Dame un beso.

### ESCENA III

DICHOS; BENITA, por el fondo.

BENITA. ¿Puedo recoger las tazas?

LUISA. Sí, llévate todo esto.

PEDRO. Adiós, Luisa; voy á ver  
qué hace Juan por allá dentro.

(Sale por la primera de la derecha.)

BENITA. ¡Ay! ¡Dios mío!

(Benita va recogiendo el servicio del café.)

LUISA. ¿Qué te pasa

Benita? ¿Por qué ese gesto  
de disgusto?

BENITA. Lo de siempre.

No me pasa nada nuevo.

LUISA. El bobo de Gedeón.

BENITA. ¡Ay! Señorita. Reniego  
del momento en que la dije:  
yo tengo un primo en mi pueblo,  
bruto él, mas con buen fondo  
y dócil como un borrego.  
Tráiganle ustedes á casa,  
que aquí le cepillaremos  
entre todos. ¡Qué animal!

LUISA. ¿Continúa con el pelo  
de la dehesa?

BENITA. Prosigue  
tan melón y tan mastuerzo.  
Lo peor del caso es,  
que al verle, porque no es feo...

LUISA. No.

BENITA. Se me ha recrudecido  
el amor que en otro tiempo  
le tuve, y estoy por él  
perdidita: y el muy memo  
no sé entera. Sí, me mira

con los ojos muy abiertos,  
y no se aparta de mí  
y siempre se está riendo,  
y da unos ayes terribles  
entre suspiro y bostezo,  
pero no me habla, y así  
la vida nos pasaremos.  
Y yo, señorita Luisa,  
de rabia, porque le quiero,  
de rabia, porque se calla,  
de rabia, porque no puedo  
arrancarme este cariño,  
estoy lo mismo que un perro  
hidrófobo; si me hablan,  
en vez de contestar, muerdo.

LUISA. ¡Pobre Benita!

BENITA. Este mundo  
ha tenido mal arreglo.  
Ellos nos siguen, nos hablan  
y nos importunan ellos,  
y si se cansan se van,  
y nosotras no podemos  
tomar la palabra un día  
para decir: ¡ay! ¡moreno!  
¡ay! ¡rubio! ¡castaño mío!  
¡Cómo estoy! ¡Cómo me has puesto!

LUISA. ¡Pero, chica!

BENITA. Él se lo pierde.  
Su padre de usted, á quien debo  
tanto, que fué mi padrino,  
mi padre hoy que no le tengo,  
para el día de mi boda,  
me ofrece medio telego  
de dote.

LUISA. ¡Media talega!

BENITA. Ya ve usted, cuanto dinero.

## ESCENA IV

DICHAS; GEDEÓN, por el fondo.

LUISA. ¡Aquí tienes á tu primo!

BENITA. ¿A qué vienes?

GEDEON. ¡Yo!... Pues vengo  
á recoger esas tazas.

BENITA. No es preciso: yo las llevo.

GEDEON. A ayudarte.

BENITA. No hace falta  
que me ayudes, majadero.

(Sale por el fondo Benita con las tazas.)

LUISA. ¡Mal genio gasta la prima!

GEDEON. Siempre ha tenido mal genio.

LUISA. Pero en cambio es muy bonita

GEDEON. Lo es.

LUISA. Y es chiquito el cuerpo.

GEDEON. Lo es.

LUISA. Y la boca fresca.

GEDEON. Lo es.

LUISA. Y los ojos...

GEDEON. Cierto.

Lo son.

LUISA. Que te gusta, vamos,  
que te gusta mucho.

GEDEON. Eso.

LUISA. ¿Y así te estás tan callado,  
tan impassible, tan fresco?

GEDEON. Yo... Como ella no me dice  
nada.

LUISA. Porque no es honesto  
en una mujer decir  
tamaños atrevimientos.  
Los hombres deben tomar  
la iniciativa.

GEDEON. Comprendo.

Como no sé dónde está  
la iniciativa, no puedo  
tomarla.

LUISA. Yo te diré

dónde está.

GEDEON. Bueno es saberlo.

LUISA. Busca ahora mismo á tu prima,  
y la dices sin rodeos:  
¡me ha dicho la señorita  
que te diga que te quiero!

GEDEON. Si es un recado de usted...

LUISA. Una orden mía.

GEDEON. Obedezco.

Diga usted, ¿y eso es tomar  
la iniciativa?

LUISA. Sí, eso  
es tomar la iniciativa  
y la Benita.

GEDEON. Comprendo.

(Sale por el fondo.)

## ESCENA V

LUISA

¡Pobre muchacho! ¡Es muy dócil!

Su sencillez interesa.

Y ella también es simpática,  
aunque rabiosa y coqueta.

Enojosa situación

la suya; pero no nueva;  
de alguna tengo noticias  
que sufre dudas y penas  
semejantes, que el amor  
todas las clases nivela.

¡Le adoro! ¿Me querrá él?

¿Qué es su silencio? ¿Modestia,  
timidez, desconfianza,  
turbación ó indiferencia?

¡Horrible duda! ¿Y qué hacer?

Esperar que él se resuelva  
y hable. La mujer que es pudor  
nunca echa á andar la primera,  
va detrás. Jamás pregunta,  
responde; la piden, niega;  
insisten, cede; suplican,

concede más; con cautela,  
muy despacio, poco á poco,  
aunque á veces Lien quisiera  
á la primera pregunta  
dar ya todas las respuestas.  
¡Oh! qué dichoso aquel día  
en que Arturo, con voz trémula,  
me diga: prima del alma:  
juntas nuestras existencias  
hasta hoy han corrido ¿Quieres  
que unidas por siempre sean?  
¿Quieres ser mi esposa, Luisa?  
Mas, ¿qué digo? ¡Tente lengua,  
ve también despacio tú,  
poco á poco, con prudencia,  
y no te hagas ilusiones  
por si desengaños llegan!

## ESCENA VI

LUISA; JAVIER, por la segunda de la izquierda.

JAVIER. ¿Estás solita? Me alegro.  
Tú eres una verdadera  
hermana, me quieres mucho  
y escucharás con paciencia  
mis desvaríos, sandeces,  
discursos ó lo que sean.  
Mi tío y mi padre me huyen.  
Con mi primo no hay manera  
de hablar.

LUISA. Pues qué, ¿no te atiende?

JAVIER. Ni te escucha ni contesta,  
ni sabes lo que le dices;  
y por otros mundos vuela  
su imaginación.

LUISA. ¿Qué mundos?

JAVIER. El mundo de las quimeras,  
de las dulces esperanzas,  
el mundo don te se sueña.  
¿Pero tú no te has fijado

en su cara, alegre, fresca  
ayer; hoy triste, amarilla,  
mustia, color de hoja seca?  
¿No ves que no abre su boca  
cuando se sienta á la mesa?  
A los veinte ó veinticinco  
se devora... Quien no almuerza  
á los veinte años, es que ama  
y con ilusiones cena.

LUISA. ¿Está enamorado?

JAVIER. Sí.

LUISA. ¿Y conoces tú la dueña  
de su corazón?

JAVIER. ¿Quién? ¿Yo?

¡Ya lo creo! ¡Y muy de cerca!

LUISA. (¡Oh, qué esperanza, Dios mío!)  
Está triste, porque ella  
no corresponde á su amor  
indiferente ó coqueta.

JAVIER. ¡Angela le adora!

LUISA. (¡Angela!

¡Es otra! ¡Qué pronto llega  
el desengaño!)

JAVIER. ¿Está triste  
con motivo!...

LUISA. ¿Sí?

JAVIER. Le asedian  
presentimientos, temores,  
desconfianzas y tristezas.

LUISA. Cuando tal amor le inspira...  
¡Será muy buena!

JAVIER. Perfecta.

LUISA. ¿Y bonita?

JAVIER. Como un sol  
y veinte años.

LUISA. ¡La edad nuestra!  
¿Morena?

JAVIER. Negro el cabello,  
la frente blanca y estrecha,  
los ojos grandes y oscuros.  
Cuando los abre te quemas,  
y la pides que los cierre,

y en el punto en que los cierra  
la suplicas que los abra,  
porque en la sombra te quedas;  
pero cuando los entorna,  
y sobre sus rayos echa  
de sus espas pestañas  
los cortinajes de seda,  
es crepúsculo divino,  
la dulce luz intermedia  
entre el día que se va  
y la noche que se acerca.  
Un entrecejo ligero,  
una nariz aguileña,  
una boca un poco grande  
dejando ver entreabierta  
de aljófares apretados  
y menudos dos hileras,  
cerca del enello un lunar,  
en la mejilla derecha  
un hoyo de inmensa gracia,  
otro igual sobre la izquierda,  
y otro chiquito en la barba.

¡Ay del que en los tres tropieza!

**LUISA.** ¡Qué descripción de su rostro  
tan detallada y completa!

**JAVIER.** Como aquel que sobre el mapa  
se calienta la cabeza  
y aprende nombres de ríos,  
de pueblos y cordilleras,  
así sé yo de su rostro  
las líneas curvas y rectas,  
y la más pequeña mancha,  
y la más ligera peca,  
y los caprichosos giros,  
y recodos y revueltas  
de los cruzados arroyos  
de sus azuladas venas  
que bajo la blanca piel  
corriendo se transparentan.

**LUISA.** Pero oye, ¿cuál de los dos  
está enamorado de esa  
maravilla?

JAVIER.

¿Cuál? ¡Los dos!

¿No lo has comprendido, necia?

Él la quiere como un loco,  
yo lo mismo que una fiera.

¡Si vieras tú lo que sufro!  
Soy su amigo, voy á verla,  
y salgo y entro en la casa;  
pero echo un nudo á mi lengua

y le pongo al corazón  
una camisa de fuerza,  
y ninguno ha conocido  
mi pasión hasta la fecha.

Al corazón lo comparo  
con una fruta cualquiera:  
en los unos verde y agria,  
en otros madura y tierna,  
en muchos pasa la, sana  
del todo nadie la lleva.

¡Detrás, donde no se ve,  
la más sana, la más fresca,  
oculta un puntito negro,  
principio de la gangrena,  
donde viven las pasiones,  
los vicios y las miserias!

Yo soy bueno: yo la quiero  
y callo, y á mí me cuenta  
sus alegrías, y río,

y comparto sus tristezas,  
y soy confidente, amigo,  
protector, y etcetra, etcetra.

Pero á veces me acometen  
tristes y negras ideas,  
siento angustias indecibles,  
desesperación inmensa,  
ansia de que ella le olvide,  
deseos de que él se muera.

¿Qué es esto? ¡El puntito negro  
principio de la gangrenal!

No divulgues mi secreto,  
y mis pesares reserva.

¿Sabes dónde voy ahora?

Escucha. ¡Humana flaqueza!

¡Ahora que no sale él,  
á casa de ella! A dar vueltas  
por la manzana, á asomar  
la cabeza por la puerta  
un momento, y á ir mandando  
suspiros por la escalera.  
No me delates. ¡Adiós!  
Voy corriendo. ¿Podré verla?  
¡No quieras como yo quiero,  
ó si quieres, que te quieran!  
(Sale por el fondo.)

## ESCENA VII

LUISA

¡En mí no piensa: á una hermosa  
el alma de dar acaba!  
¡Y mi padre me juraba  
que iba yo á ser muy dichosa!  
¿Por qué tanto amor pagar  
con inhumano desvío?  
¡Vienen mi padre y mi tío!  
¡Que no me vean llorar!  
(Sale por la primera de la izquierda.)

## ESCENA VIII

DON JUAN y DON PEDRO, por la primera de la derecha.

PEDRO. Sí, hermano, sí, francamente,  
me preocupa mi Javier  
y su manera de sér  
arrebataada, vehemente.  
No cierra nunca su boca,  
en la vida está parado,  
y trabaja demasiado  
aquella cabeza loca.

JUAN. Calumnias á mi sobrino.  
¡Qué humor! ¡La misma alegría!

- PEDRO. Como se enamore un día  
va á hacer algún desatino.
- JUAN. Eso, no digo que no;  
pero estara en su derecho.  
Locuras tú las has hecho,  
y también las hice yo.  
Es joven. Lo da de sí  
la edad. ¿Quién, di, no ha pecado?  
Y lo que es á enamorado  
no puede ganarte á ti.
- PEDRO. ¡Sí, pues tú puedes hablar!  
No habrá mucha diferencia.  
Has pasado tu existencia  
entre querer y olvidar.  
Buenas las hiciste un día.
- JUAN. Mira, Pedro, no me pesa.
- PEDRO. Siempre tras una duquesa.
- JUAN. ¡Era mi eterna manía!
- PEDRO. ¡Qué romanticismo aquel!  
¡Qué estúpido de chiquillo!  
¡Una princesa, un castillo,  
un lago, la luna, él!
- JUAN. Prueba eso imaginación,  
y el buen gusto que he tenido  
En cambio, Pedro, tú has sido  
muy pedestre y muy ramplón.  
Con tus pasiones vulgares  
la vida me consumías.
- PEDRO. Eran las delicias mías  
los amores populares,  
y persiguiendo chiquillas  
preciosas, cansé los piés  
recorriendo el Avapiás  
y el barrio de Maravillas  
Me inspiró un amor violento  
la chica de una portera,  
y una linda castañera  
me dió castañas á ciento;  
y pasé felices horas  
galanteando coristas,  
chalequeras y modistas,  
sastras y ribeteadoras.

Pero mi pasión más cierta,  
aún la risa me retoza,  
fué, ¿quién dirás? una moza  
de cántaro, la Ruperta.  
Por mucho y bien que te hable  
no te describo aquel cielo.  
¡Vaya una mata de pelo  
buena para hacer un cable!  
El pié grande, media vara,  
los labios frescos y rojos,  
lanzando chispas los ojos  
y echando fuego la cara.  
Formas para dos ó tres.  
¡Qué cuerpo de criatura!  
¡Qué estrecho por la cintura!  
¡Qué levantado después!  
Yo iba á su lado cual fragua  
abrasado y encendido.  
¡Qué de veces hemos ido  
y hemos venido por agual  
Sus manazas en las mías,  
y ella reir y yo hablar,  
y se tardaba en llenar  
el cántaro cuatro días.  
Aunque me vió tan rendido  
me dejó por un soldado.  
¡Con el tiempo que ha pasado  
olvidarla no he podido,  
y aún hoy me paro sonriente,  
si alguna pasa ligera,  
empinando la cadera  
con el cántaro á la fuente!

JUAN. Yo de mejor gusto fui,  
no como tú, vulgarón.

PEDRO. Pues, Juan, en una ocasión  
fuimos rivales.

JUAN. ¡Ah! si.

PEDRO. Bien sabes por quién lo digo.

JUAN. Era una mujer divina  
Serafina.

PEDRO. Serafina  
jugó contigo.

- JUAN. Y contigo.
- PEDRO. ¡Qué dorada cabellera!
- JUAN. De ángel.
- PEDRO. ¡Qué tez nacarada!
- JUAN. ¡De ángel!
- PEDRO. ¡Qué dulce mirada!
- JUAN. ¡De ángel!
- PEDRO. ¡Y qué mala era!
- JUAN. Pensé en dichosos instantes  
que me amaba.
- PEDRO. ¡Pobrecito!  
Fuimos dos del infinito  
número de sus amantes.
- JUAN. ¿No te acuerdas qué afición  
á hacer frases, á cuidar  
los párrafos, á buscar  
palabras de relumbrón?  
Siempre fina pretenciosa,  
y demostrando saber.
- PEDRO. ¡Y qué afán de aparecer  
arreglada y hacendosa!
- JUAN. Siempre sentada al balcón,  
en mil colores bordando  
una colcha, y suspirando.
- PEDRO. La colcha, mi admiración  
era... ¡trabajo exquisito!
- JUAN. Cuantas veces me decía:  
¡esta colcha es para el día  
que nos casemos, hijito!
- PEDRO. ¡Qué gran fleco color grana,  
y qué cenefa divina!  
Era colcha, era cortina  
y era manta jerezana.
- JUAN. Un día dudas abrigo,  
á su casa corro y entro  
sin anunciarme, y me encuentro  
que me he encontrado contigo.  
Serafina hace que hora,  
gritamos: ¡por siempre adiós!
- PEDRO. Y dejamos de ser dos  
tontos á la misma hora.
- JUAN. ¿Se habrá muerto?

- PEDRO. Puede ser.  
Ó tal vez se habrá casado.
- JUAN. Quién sabe.
- PEDRO. Y habrá estrenado  
la colcha.
- JUAN. ¡Pobre mujer!
- PEDRO. Éramos dos criaturas  
inocentes en verdad.
- JUAN. Dos chiquillos.  
A esa edad,  
¿quién no comete locuras?
- PEDRO. ¡Quién! Uno conozco yo.  
¡Juicioso, serio, prudente!
- JUAN. Mi hijo. Muchacho excelente.  
¡Nunca un disgusto me dió!
- PEDRO. No hay otro.
- JUAN. Esa es la verdad.  
Pero hay otra.
- PEDRO. No lo niego.  
¡Mi hija; la que adoro ciego!
- JUAN. ¡Qué juicio, qué seriedad!  
Y está guapa.
- PEDRO. Para mí  
un sol. Y el chico ha crecido.
- JUAN. Ya está hecho un hombre.
- PEDRO. Han nacido  
una para el otro.
- JUAN. Sí.  
Ese proyecto he formado.
- PEDRO. Pues por mí no ha de quedar.  
¡Siempre que empiezo á soñar  
ese es mi sueño dorado!  
Y á Luisa, ó yo me equivoco  
mucho, ó propicia la veo.
- JUAN. Pues, ó me ciega el deseo,  
ó al chico la gusta un poco.
- PEDRO. Pero al verla tan callada,  
milagro en una mujer,  
he llegado á comprender  
que Arturo no ha dicho nada.
- JUAN. Y yo al verle suspirar  
y con el rostro afligido,

también, Pedro, he comprendido  
que no se decide á hablar.

PEDRO. Habrá que dar solución  
á este problema imponente.

JUAN. Si, los dos tranquilamente  
arreglamos la cuestión.  
Por el hijo habla el papá.  
Si él se calla, yo me explico.  
En cuanto venga ese chico...

PEDRO. Aquí le tenemos ya.

## ESCENA IX

DICHOS; ARTURO, por la segunda de la izquierda.

PEDRO. Has llegado á tiempo.

ARTURO. ¿Sí?

Me alegro.

JUAN. Oportunamente.

PEDRO. Estábamos cabalmente  
hablando los dos de tí.

ARTURO. De mí.

PEDRO. Me esforzaba en vano  
por alegrar esa cara.  
Mal porvenir se prepara,  
me decía, pobre hermano.  
Pronto á Arturo hemos de ver  
hecho un ingeniero ya,  
y un día se casará,  
y se irá con su mujer.  
Y de algún mozo atrevido  
tu hermosa Luisa prendada  
te dirá que está obligada  
á seguir á su marido.  
Se irán cerca ó se irán lejos,  
con Javier no hay que contar;  
y nos vamos á quejar  
muy solos y ya muy viejos.

JUAN. Es verdad; pero no dices  
que yo he llegado á añadir:  
hay un modo de vivir  
los cuatro juntos, felices.

- ARTURO. ¿Uno? (No sé qué me pasa.) (Muy turbado.)  
JUAN. Y en él ambos coincidimos.  
Casamos á los dos primos  
y todo se queda en casa.  
PEDRO. ¡Y yo lloré de placer  
cuando la mano pedía  
de Luisa!  
ARTURO. (No preveía  
esto yo. ¿Qué puedo hacer?  
JUAN. Conque cuestión arreglada  
ya por parte de nosotros.  
Falta que tú... que vosotros...  
¿Pero tú no dices nada?  
PEDRO. (¡No parece tener prisa!  
Aún permanece callado )  
ARTURO. (Tartamudeando.)  
Yo feliz.. yo muy honrado...  
mas Luisa .. ¡No querrá Luisa!  
PEDRO. Pronto lo vas á saber.  
¡Luisa! ¡Luisa!  
LUISA. ¡Vov, papá!  
JUAN. (Esto está arreglado ya.)  
PEDRO. (¡Tenía que suceder!)

## ESCENA X

DIHOS; LUISA, por la primera de la izquierda.

- LUISA. Aquí estoy.  
PEDRO. (¡Qué moza es,  
Juan! )  
JUAN. (¿A quién no le interesa?)  
PEDRO. Voy á darte una sorpresa.  
LUISA. ¿A mí?  
PEDRO. ¡Que vale por tres!  
Te admirarás, de seguro.  
LUISA. ¿Qué es ello? ¿Qué ha sucedido?  
PEDRO. Hoy tu mano me han pedido!  
LUISA. ¿Mi mano?  
JUAN. Yo .. para Arturo.  
Hecha está la petición.

LUISA. ¿Y Arturo?

JUAN. Dice que sí,  
pero se somete á tí  
en todo, como es razón.

PEDRO. Conque, ¿qué contestaré  
á petición tan honrosa?

LUISA. Que sería muy dichosa  
y muy feliz, pero...

PEDRO. ¿Qué?  
Tal reticencia, ¡hija mía!

JUAN. ¿Qué nos quieres indicar?

LUISA. Que yo no puedo aceptar.

PEDRO. ¿No puedes?

LUISA. No.

ARTURO. (¡Qué alegría!)

LUISA. No, jamás la hará dichoso  
boda sin inclinación.  
Es de otra su corazón,  
y no puede ser mi esposo.  
Si yo llegara á aceptar,  
como es bueno y obediente,  
quizás bajara la frente;  
pero vendría al altar  
como quien marcha al suplicio,  
cual víctima que inmolamos,  
y las mujeres buscamos  
amor, y no sacrificio.  
No le hostiguéis sin razón:  
no insistáis en la demanda:  
pensad que ninguno manda  
dentro de su corazón.  
Accede á su ruego, tío,  
el que más queremos es.  
¡Hagamos entre los tres  
su ventura, padre mío!  
(Salen por la primera de la izquierda.)

## ESCENA XI

DON JUAN, DON PEDRO y ARTURO

PEDRO. (¡Pobre Luisal)

JUAN. (Bien habló.)

- PEDRO. (Estoy seguro. Ha llorado.)  
JUAN. ¿Es verdad lo que ha contado tu prima?  
ARTURO. No os engañó.  
JUAN. Pues habla ya.  
PEDRO. ¡Estamos buenos!  
JUAN. La verdad vas á decir.  
ARTURO. Yo no acostumbro á mentir, y á mi padre mucho menos. ¡Empecé queriendo, y ya adoro... idolatro!  
JUAN. ¡Hombre!  
ARTURO. Ángela tiene por nombre y es un ángel.  
PEDRO. Sí será.  
ARTURO. Del alma hasta aquí dormida es este el primer cariño. El que principia de niño, el que acaba con la vida, el que crece y crece tanto, que ningún poder le ataja, el que de los cielos baja, el más puro y el más santo, el mejor entre los buenos, el que se siente una vez.  
PEDRO. Así he querido yo diez ó doce veces lo menos.  
JUAN. ¿En dónde la has conocido?  
PEDRO. ¿En el teatro quizás?  
ARTURO. No van al teatro jamás; en la iglesia.  
JUAN. ¿Cuándo ha sido?  
ARTURO. Hace un año. Para mí fecha feliz: créeme. En las Salesas entré y oyendo misa la ví. Nada en ella extraordinario; sencilla, humilde y bonita, el hábito Carmelita, un velo, un devocionario. Yo estaba un poco detrás, volvió la vista hacia allí,

ya no la apartó de mí,  
ni yo de ella: nada más.  
Nos unimos ante Dios  
en el instante primero.

PEDRO. Chico, chico, ¡qué reguero  
de pólvora sois los dos!

JUAN. ¿Pero ya la tratas?

ARTURO. Sí.

Me costó larga porfía  
con la madre, que tenía  
prevenciones contra mí.  
Yo insistí, tuve tesón  
y al fin en la casa entro;  
pero siempre en ella encuentro  
un poco de oposición.  
Siempre frías sus maneras.  
No me acaba de querer.  
La madre es una mujer  
de costumbres muy severas.

JUAN. ¿Y ella es de rostro agraciado?

ARTURO. Su pintura no he de hacer.

¡Te podría parecer  
locura de enamorado!  
Juzga de su perfección  
tú solo. Va en mi cartera.

Te dirá si es hechicera  
este retrato miñón.

JUAN. Toma ¿A ver?

PEDRO. (Examinando el retrato.)

¿Qué tal? Es mucha  
cabeza.

JUAN. Sí.

ARTURO. ¡Ya lo creo!

JUAN. ¿La ves, Pedro?

PEDRO. Ya la veo.

JUAN. Es bonita.

PEDRO. Delgaducha.

ARTURO. Un poco delgada está,  
pero la sienta muy bien.

JUAN. ¿Ese es de Angela también?

ARTURO. Este es de la madre.

JUAN. Ya.

- ARTURO. ¡Qué cabeza respetable,  
y qué mirada! Se ve  
lo que esta señora fué;  
una mujer adorable,  
encantadora, divina.  
Mírala. Fíjate, tío. (Le da el retrato.)
- JUAN. ¿A ver?... (¡Qué miro!)
- PEDRO. (¡Dios mío!)
- JUAN. ¡Serafina! (Bajo á Pedro.)
- PEDRO. (A Juan.) ¡Es Serafina!  
¡Esa mirada glacial,  
esos ojos entornados!
- ARTURO. (Están bien impresionados.  
¡Cree que no vamos mal!)
- PEDRO. (¡Serafina! ¡Qué imprudencia!)
- JUAN. (Calla, Pedro ) (Bajo )  
(Alto.) Toma, Arturo.
- PEDRO. (¡Es ella! Yo la aseguro ) (Bajo á Juan.)
- JUAN. (¡Calla!) (Obremos con prudencia.)  
(Pausa breve )  
¿Tú te has enterado ya?  
¿Tú que piensas, tú que ves  
si es buena familia, si es  
correcta?...
- ARTURO. Pues claro está.  
Familia que antes brillaba,  
pero ha sufrido reveses.
- JUAN. ¿Conque están mal de intereses?
- ARTURO. Muy mal.
- PEDRO. Me lo figuraba.
- ARTURO. Son modestas y sencillás;  
saben callar y sufrir.  
Trabajan para vivir.  
No lo ocultan. ¡Pobrecillas!  
Y ganan el corazón  
más seco, el alma más dura  
su paciencia, su dulzura,  
su santa resignación.  
Ni quejarse, ni acusar  
al destino, ni de ayer  
acordarse. Para ver  
lo que valen, hay que entrar

en su casa, que es la mía.  
¡Allí se ve la pobreza;  
más que aseo, qué limpieza,  
qué orden y qué economía!  
Dulces y santas mujeres,  
dignas de otro porvenir.  
De día no suelo ir,  
pues respeto sus quehaceres.  
Voy de noche. —Alguna flor  
acepta —de valor, nada,  
y alegran nuestra velada  
la música y el amor.  
A las diez se cierra el piano,  
y loco salgo de allí.

**PEDRO.** ¿A las diez en punto?

**ARTURO.** Sí.

Se levantan tan temprano...

**JUAN.** En resumen: tú estás loco  
de amor, y en tu desvarío  
no piensas; mas yo, hijo mío,  
tengo que pensarlo un poco.  
No son buenas las primeras  
impresiones. Yo he de ver...  
Desearía conocer  
á esa Angela.

**ARTURO.** Cuando quieras.

**JUAN.** Ver quiero á esa señorita  
que tantas penas te cuesta,  
y esa casa tan modesta.  
Anúncialas mi visita.

**ARTURO.** ¡Padre, accede á mi demanda!  
La dicha me puedes dar.

**JUAN.** ¿En qué puedo yo pensar  
más que en tu dicha? Anda, anda.  
(Sale Arturo por el fondo.)

## ESCENA XII

DON JUAN y DON PEDRO

- JUAN. Tiene una hija esa mujer,  
como ella, sensible y bella.
- PEDRO. ¡Y no cabe duda, es ella!
- JUAN. ¿Qué duda puede haber?
- PEDRO. Mucho, mucho, no ha cambiado,  
aunque está vieja la indina.
- JUAN. ¡Y es la hija de Serafina  
la que quiere el desdichado!  
¡Ella, la que ama de veras,  
pero con todo su sér!
- PEDRO. ¡Serafina, una mujer  
de costumbres muy severas!
- JUAN. ¡Son buenas! ¡Pobres están!  
¿Qué es esto? ¡Cómo ha cambiado!
- PEDRO. Eso es que le han engañado  
á ese pobre chico Juan;  
que las dos, con mucha gracia,  
se burlan del mozalbete  
representando el sainete  
de la virtud en desgracia.  
Todo bien claro se explica  
en cuanto se piensa un poco.  
Al chico le han vuelto loco,  
le quiere unir á la chica,  
con tu dinero, ganado  
con mil fatigas, lucir,  
y con tu nombre encubrir  
un vergonzoso pasado.
- JUAN. Lo que es eso, lo veremos.  
Podrá luchar, pero en vano.  
Le salvaremos, hermano.
- PEDRO. ¡Vaya si le salvaremos!
- JUAN. Podrá, sí, jugar con otros;  
mas conmigo, aquí la espero.
- PEDRO. Ella sabe mucho, pero  
más pillos somos nosotros.  
Tú eres listo; sin embargo,

naciste bonachón. Juan;  
pero á mi no me la dan,  
porque yo nací más largo.  
Tengo un plan, tengo una idea.  
Que me atiendas te suplico.  
Tú vas á la hora que el chico  
te lleve á la casa. Sea.  
Yo después. Yo voy también  
para ver á esa señora;  
pero yo voy á otra hora,  
la buena. Fíjate bien.  
Le despde á las diez. Sí.  
Yo después de las diez voy.  
Es la hora del lro. Estoy  
seguro ¡Dár me a á mí!

JUAN. ¿Quién le va a desengañar  
á mi Arturo?

PEDRO. Eso lo tomo  
yo á mi cargo.

JUAN. Pero, ¿cómo  
le habrán podido engañar?

PEDRO. A los veinte años, ¿á quién  
no le ciega y no le atrapa  
una como esa, y si es guapa  
á los cuarenta también?  
¡Digo! Y yo más lejos voy.  
A los cincuenta... en el día...  
Yo casi me alegraría  
de que me engañasen hoy.

JUAN. No seas inoportuno,  
Pedro, y déjate de bromas.

PEDRO. Vamos, tú en serio lo tomas.  
No seas niño; daño alguno  
para Arturo no hay en esto,  
ni por ello sufrirá.  
Le tienes salvado ya.  
Yo tengo mi plan dispuesto.  
Esa gente no se trae  
nada, ni él se perjudica.  
Le tiendo un lazo á la chica  
y en la ratonera cae.  
En vez de un ángel alado

encuentra una cortesana,  
y al cabo de una semana  
está el chiquillo curado.  
Un desengaño cruel  
tras un juvenil ardor.  
¡El sarampión del amor!  
¡Todos pasamos por él!

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

---

# ACTO SEGUNDO

---

Habitación muy modesta. Puerta en el fondo: puertas á derecha é izquierda: balcón á la izquierda, en primer término: una mesita con un jarrón: la jaula de un canario cerca del balcón: tiestos chiquitos con flores: un piano en el fondo, á la derecha de la puerta: cortinas sencillas y bonitas.

## ESCENA PRIMERA

ÁNGELA y SERAFINA

Cosen sentadas á derecha é izquierda de la mesa. Es de noche: quinqué encendido.

ANGELA. Mamá, ya me voy cansando.

SERAF. Ánimos, ya poco falta.

ANGELA. Deja que respire un poco.

Llevo dos horas sentada.

SERAF. Acabará de poner  
las anillas: tú descansa.

(Serafina sigue cosiendo la cortina.)

ANGELA. (Levantandose y paseando.)

No es posible estar tranquila,  
inmóvil, seria, callada,  
á los veinte años, mamá.

La sangre se enciende y salta,

y las piernas se impacientan  
y la lengua no se calla,  
y si el cuerpo sufre atado  
á la silla condenada,  
la cabeza no está quieta,  
la imaginación se escapa,  
va á visitar otros mundos,  
salva todas las distancias,  
va y viene, y tan pronto está  
eu ayer como en mañana.  
¡Qué felicidad moverse,  
saltar, charlar!

SERAF. ¡Qué muchacha!

ANGELA. ¿Toco el piano?

SERAF. Sí, hija mía.

ANGELA. ¿Qué toco? (Se sienta al piano.)  
(Se levanta.) No toco nada.

Para tocar es preciso  
sentarse. Si se tocara  
el piano andan'lo de prisa  
como tocan las charangas  
de los batallones, bueno.  
Hoy estoy desatinada.  
¡Van á venir! Esta es noche  
de alegrías.

SERAF. (Ó de lágrimas.)

ANGELA. ¿No es verdad que mi casita  
no está mal? No está alhajada  
con lujo, no; porque aquí  
no vive un grande de España.  
Se ve aquí poco dinero.  
En cambio salta á la cara  
el arreglo, la limpieza;  
y mi canario en su jaula,  
ese piano reluciente,  
y mis flores y mis plantas,  
impresionan bien. Son cosas  
artísticas delicadas,  
que de una mujer revelan  
la presencia en una casa  
en donde no hay más que hombres,  
mamá...

SERAF. Sí, no hay más que manchas,  
y desharajuste y puntas  
de cigarro.

ANGELA. La esperanza  
me hace feliz. A ese padre  
le conquisto en dos palabras.  
¿A que esta casa le gusta?  
¿A que la madre le agrada?  
¡Con el pelo blanco tienes  
una cara tan simpática!...  
Cara de buena.

SERAF. ¡Por Dios,  
Ángela!

ANGELA. ¡Bah! Ya se enfada  
y se entristece. ¡Las dos,  
¡qué opuestas! Yo siempre en Pascua  
y tú en día de Difuntos.  
(Se sienta á su lado y la coge las manos.)  
Con mis bromas y mis chanzas  
en vez de animarte un poco  
te fastidio. No se aparta  
el recuerdo de mi padre  
ni un momento de tu alma.  
Aunque era muy niña yo  
tampoco olvidé su cara.  
Aquellos ojos de fuego,  
la dentadura tan blanca,  
la larga barba corrida  
y aquel cuerpo de alta talla,  
hecho para el uniforme  
que como nadie llevaba.  
Y entre todos mis recuerdos  
vive el de aquella mañana  
en que vino á despedirse  
para el Norte. Yo, sentada  
en su rodilla, tú al lado;  
tú llorabas, yo lloraba,  
jugando con los botones  
dorados de su casaca;  
y él silencioso y sombrío  
á las dos nos abrazaba.  
¡Salimos hasta la puerta,

le besaste en la antesala,  
y él muy quedo y al oído  
te dijo: no temas nada,  
diga el mundo lo que quiera  
al volver, por nuestra Angela!  
Nunca he podido explicarme  
estas promesas extrañas..

SERAF. No hablaría así. Los niños  
no comprenden bien y cambian  
el sentido.

ANGELA. Juraría  
que esas fueron sus palabras.

SERAF. ¡Las últimas!

ANGELA. No estés triste.  
Esa cabeza levanta.

¡Toma un beso y dos! A ver  
si mis besos te contagian  
mi alegría. ¡Ya sonrías!

SERAF. ¡Ángel mío!

ANGELA. Muchas gracias.  
¡Ángel yo! ¿Ya está concluida  
la cortina?

SERAF. Ya está. Llama  
á Martina.

ANGELA. ¡Ven, Martina!

MART. ¡Señora!

SERAF. Nos haces falta.

## ESCENA II

DICHAS; MARTINA, por el fondo.

ANGELA. Ayúdanos á poner  
esta cortina.  
(Violento campanillazo dentro.)

MART. ¡Carambal  
¡Qué campanillazo! Ese es  
Torbellino.

SERAF. ¡Cómol

MART. (¡Vaya!  
¡Se me escapó!,

SERAF. ¡Pues me gusta!

MART. Dispense usted. Como en casa

todos le llaman así.

La costumbre.

SERAF. Bueno, basta.

Anda á abrir al señorito  
Javier.

(Sale Martina.)

ANGELA. ¿A que la regañas?

Reprén leme á mi, que yo  
soy la autora de la gracia.  
¡Torbellino! ¡Ya se acerca!  
¡Ya viene! ¿Quién nos ampara?

### ESCENA III

DICHAS y JAVIER

JAVIER. Buenas noches... Aquí estoy.

ANGELA. Javier.

JAVIER. ¡Prendas de mi alma!

Aquí estoy de mensajero  
de amor y de iris de calma,  
y de paz y de correo  
de venturas y esperanzas.

¡Cómo se la transfigura  
el rostro con mis palabras!

¡La más graciosa sonrisa

sus rojos labios separa

y la relucen los ojos

como si fueran dos áscuas,

y con ser cien veces bella

parece mil veces guapa!

¡Qué es esto! ¿Preparativos?

¿La cortina? Ya acaba la.

¿Hay que ponerla? Yo mismo

me encargo de colocarla.

Vendrán muy pronto.

(Desde el fondo) ¡Martina!

· Preséntate acompañada

de la escalera.

ANGELA. ¿Podemos

ya hablar nosotras?

JAVIER. ¡Hoy no habla  
aquí nadie! ¡Traigo cuerda  
para dos ó tres semanas!  
SERAF. ¡Ay! ¡qué cabeza de chico!  
JAVIER. ¡Ay! ¡qué cabeza de anciana  
respetable y majestuosa  
con esa corona blanca!

## ESCENA IV

DICHOS; MARTINA, por el fondo con una escalera.

MART. La escalera.  
JAVIER. ¡Pronto, arriba!  
(Colocan la escalera junto al balcón: sube Javier y  
lo sostienen Angela y Martina.)  
Sostenedme, no me cáiga  
y me malogre.  
ANGELA. ¡Allá va  
la cortina!  
JAVIER. ¡Qué pesada!  
ANGELA. ¡Qué fuerza de hombre!  
JAVIER. Yo tengo  
(Empezando á colocar la cortina.)  
la fortaleza en el alma.  
Esto no es una escalera.  
MART. ¿Pues qué es esto?  
JAVIER. Esta es la escala  
de Jacob, pues si no es ángel  
el que sube y el que baja,  
¡ángeles y serafines  
la sostienen y la guardan!  
SERAF. Vamos, hombre, á colocar  
esa cortina.  
ANGELA. ¡Ay, qué charla!  
MART. Sí, sí; á lo que estamos.  
JAVIER. Voy...  
(Suelta la cortina y baja rápidamente.)  
¡Ah! ¡Traigo noticias gratas,  
tengo detalles preciosos!  
¡Y aún no he contado!  
SERAF. ¿Qué pasa?

JAVIER. ¡Un momento! (Las lleva al proscenio.)

Sal, Martina,  
que son cosas reservadas.  
Aún no he contado la escena.

(Martina sale por el fondo.)

ANGELA. ¿Qué escena?

JAVIER. La escena magna,  
la decisiva entre el padre  
y el hijo, el clavo del drama,  
es decir, de la comedia,  
porque esto en boda se acaba.

SERAF. Me interesa mucho.

JAVIER. Arturo  
penetra con cierta escama  
natural en el despacho  
paterno. ¡Ah! me olvidaba  
decílas, y es conveniente  
que no ignoren de esta trama  
todos los hilos, que yo  
tengo una preciosa hermana  
destinada á ser esposa  
de Arturo; porque el que manda,  
manda, y porque los primos  
generalmente se casan;  
pero estos primos son primos  
que no están por la casaca,  
porque dicen, con razón,  
que con serlo una vez basta;  
de aquí que los dos á un tiempo  
hayan dicho que *nequaquam*.

Pues sabido esto... ¿En qué estábamos?

ANGELA. Estábamos en la entrada  
de Arturo.

JAVIER. Penetró Arturo  
con gran valor en la estancia,  
y se encontró á sus dos padres  
que reían y fumaban.

ANGELA. ¿Pero Arturo tiene dos  
padres?

SERAF. ¿Dos padres?

JAVIER. ¡Vaya!

El suyo y el mío, y yo

otros dos que me idolatran,  
el mío y el suyo. Allí  
hay tres primos, una hermana,  
cuatro padres, cinco hermanos,  
dos tíos, ¡y todos se aman  
y se miman!

ANGELA. Penetró  
con gran valor en la estancia  
paterna.

JAVIER. ¡Ah, sí! Penetró,  
y sin andar por las ramas  
habló de su ardiente amor,  
y el objeto de sus ansias  
con palabras elocuentes  
pinta, describe y retrata.  
¡Gran sorpresa! Él se aprovecha  
de la situación y saca  
la vera efigie... á los dos  
se les caen las antiparras  
de la emoción, y se miran  
diciéndose en las miradas.  
¡Qué hija se nos va á meter  
por las puertas de la casa!  
Cobra Arturo nuevos bríos  
y les da el golpe de gracia,  
presentando de la madre  
el retrato. Los dos callan  
atónitos, y por poco  
vienen al suelo de espaldas  
asombrados, y se dicen,  
sin decirse una palabra:  
¡qué madre se nos va á entrar  
por las puertas de la casa!  
Frunce papá el entrecejo;  
pero mi tío se ablanda,  
y dice: vamos allá:  
quiero verla: quiero hablarla.  
Y cuando mi tío vea  
este conjunto de gracias,  
este ramo de azucenas,  
de nardos y rosas blancas,  
este tesoro de perlas,

de rubíes y esmeraldas...

SERAF. ¿Y qué más? ¿No pasó más?

JAVIER. ¿En qué estábamos?

SERAF. Contaba...

ANGELA. Pues estábamos colgando una cortina.

JAVIER. ¡A colgarla!

¡Martina! . .

SERAF. Ahora, á no hablar, porque el que habla no trabaja.  
(Entra Martina. Se sube Javier á la escalera.)

JAVIER. (Colgando la cortina.)  
Esto es cosa de un momento.  
¿No ve usted? Como esta barra atraviesa estas aui las, la flecha de amor traspasa los corazones. ¿Qué tal? ¡Qué imaginación volcánica! ¡Qué cabezal!

ANGELA. ¡Pobrecita!

¡Los tornillos que le faltan!

JAVIER. ¡Ah! ¡si aún tengo que decirlas!  
¡Un momentol (Baja rápidamente.)  
Sal, muchacha.

MART. Me llevaré la escalera.  
(Sale Martina con la escalera por el fondo.)

SERAF. ¿Qué es el.o?

ANGELA. ¿De qué se trata?

JAVIER. Pues tenía que decirlas, en secreto y en confianza ..  
(Llevándotas al presente.)

LAS DOS. ¿Qué?

JAVIER. ¡Que yo las quiero mucho!

ANGELA. ¡(Pobre chico!)

SERAF. ¡(Un alma cándida!)

ANGELA. ¡Ay, mamá, si esa cortina está muy mall ¡si le faltan cuatro dedos!

JAVIER. ¡Ya no hay tiempo.  
Es de noche. ¡Quién repara!  
Van á venir. Dentro.. ¡Prontol  
Hay que cumplir mi programa.

Yo quiero golpes de efecto.  
Yo los recibo. Sale Angela  
en seguida, y luégo usted.  
Cuadro final.

ANGELA. Vamos. anda.  
Sabes que es muy peligroso  
contrariarlos.

SERAF. Mal le tratis.  
Nos quiere, y es un buen chico.

ANGELA. ¡Si á mí me hace mucha gracia!  
(Salen por la izquierda.)

## ESCENA V

JAVIER

¡Que la hago gracia, Dios mío!  
¡Ah! ¡si por fin esa ingrata  
á mi volviera sus ojos  
que en la luz del sol se bañan!  
¡Serafina nuestra madre,  
ella mi esposa adorada,  
y esta casa nuestro nido,  
alegre con la algazara  
de esa turba de angelitos  
que acortan las horas largas  
y que velan nuestro sueño  
abriendo las blancas alas!  
¡Y Arturo lejos de aquí,  
en donde no me robara  
traidoramente un cariño  
que merece mi constancia!  
Pero, ¿qué es esto? ¡Yo celos,  
yo maldiciones, yo rabias,  
yo cóleras, yo despechos!  
¡Ah, corazón! ¡Ah, canalla!  
¡Ah, infame! ¡Tú dando oídos  
á las pasiones bastardas,  
dejando que el puno negro  
se coma la parte sana!  
¡Yo soy su hermano, y los quiero,

y los caso y tú te callas  
y no te vienes con sones  
ni te subes á las barbas!  
Si tú sufres, buen provecho;  
y si te duele, te agnautas.  
No me golpees el pecho  
de los celos con la maza.  
Ni empujes hasta mis ojos  
de tus dolores las lágrimas,  
porque yo las vuelvo adentro  
otra vez y te las tragas.  
¿Somos los dos caballeros?  
¡Pues con la frente muy alta  
muramos por nuestra fe,  
nuestro honor y nuestra dama!

## ESCENA VI

JAVIER; DON JUAN y ARTURO, por el fondo.

JAVIER. ¡Ellos!... Por aquí... Adelante.

JUAN. Buenas noches, tarambana.

JAVIER. Aquí estoy de introductor  
de embajadores.

ARTURO. Descansa,  
siéntate.

JUAN. No estoy cansado.

JAVIER. Una silla.

JUAN. Muchas gracias.

ARTURO. Al fin en su casa estás.  
Esta es la humilde morada  
donde resignadas viven  
la hermosura y la desgracia.

JUAN. Vaya por Dios, y que Dios  
las mande lo que las falta.

JAVIER. ¡En este modesto cuarto  
vive alegre y resignada  
la que debiera habitar  
las más espléndidas salas  
del más soberbio palacio!

JUAN. Pues por mi que se le hagan.

ARTURO. ¡Todo lo que ves aquí!

es producto de sus raras  
habilidades!

JUAN. ¡Hola, hola!

JAVIER. ¿Ves esa silla bordada?  
Ella la ha hecho.

ARTURO. Ese tapiz  
ella, mejor que en la Fábrica.

JAVIER. Esa graciosa cortina,  
con tanto gusto acabada,  
ella la ha hecho.

ARTURO. Ese canario.

JUAN. ¡Ella le ha hecho! Es una maga  
esa niña.

JAVIER. Ese canario  
no canta como ella canta.

JUAN. ¡También artista! Ya veo  
un piano.

ARTURO. A mi me entusiasma  
cuando toca.

JAVIER. Por supuesto,  
nada de zarzuelas, nada  
de esas groseras canciones  
que alegran á la canalla.  
Su educación musical  
es muy severa, muy clásica.

ARTURO. ¿Y su educación moral?  
Su madre es casi una santa.

JUAN. ¿Conque santa? (¡Qué dos inemos,  
Dios mío! Y esa malvada  
burlándose de estos chicos,  
que casi están en la infancia.)

ARTURO. Puedes juzgar por tí mismo.  
(Van trayendo papeles de música.)

JUAN. ¿A ver? *Estudios*, de Eslava.  
Buen principio. *Ave Maria*,  
de Schubert. ¡Bravo! *Sonatas*,  
de Mozart. Muy bien. *Jesús*  
*Nazareno*. ¡Que me agrada!  
*La Mascota*. ¡*La Mascota*!

ARTURO. ¡Ah, sí! Una broma, una chanza  
de ese.

JAVIER. La traje yo un día.

¡Se puso muy enfadada  
la madre!

JUAN. ¡Pues ya lo creol

¡Una señora tan casta!

JAVIER. Pero es buena, y per-lonó  
pronto mi barrabasada.  
Tiene un carácter bellissimo.  
Cuando llegues á tratarla  
verás.

JUAN. (¡Como se la han dado  
á este par de papanatas!)

JAVIER. ¡Ella se acercal

ARTURO. ¡Dios mío!

JUAN. ¡Muchacho! ¡Que te desmayas!

## ESCENA VII

### DICHOS y ÁNGELA

ANGELA. Señores.

ARTURO y JAVIER. ¡La señorita  
Angela!

ANGELA. ¡Jesús! ¡Dios mío!

ARTURO. ¡Mi padre!

JAVIER. ¡Mi señor tío!

JUAN. Tengo un placer... (¡Es bonito!)  
Quizás no es este el momento  
para venir el mejor.

ANGELA. A cualquier hora, señor...  
Usted... Tome usted asiento.  
Usted... de todas maneras...  
Lo mismo yo que mamá...

JUAN. (¡Pero esta muchacha está  
emocionada de veras!)

ANGELA. ¡De qué modo me ha mirado! (Bajo á Arturo.)

ARTURO. Calla y tranquilízate, (A Ángela.)  
y tú también siéntate.

JUAN. A mi lado.

ARTURO. Anda á su lado. (Bajo.)

JUAN. Aquí, yo se lo suplico.

(Se sienta Argela junto á don Juan. Al lado de  
Angela, Arturo; y al de don Juan, Javier.)

JAVIER. (Bajo á don Juan.)

Mírala bien.

JUAN. Ya la veo.

JAVIER. ¿Es feo el perfil? (Idem.)

JUAN. No es feo.

JAVIER. ¿Y la voz? (Idem.)

JUAN. (Dójame, chico!)

Estos dos, cuando yo en varias (Alto.)

ocasiones me informé

de usted, me han hecho de usted

pinturas extraordinarias.

Ver á usted he deseado

con verdadera impaciencia.

ANGELA. Siempre hay mucha diferencia

de lo vivo á lo pintado.

Si le han dicho que un portento

soy, le han dicho una mentira.

El cariño cuando mira

vé con cristales de aumento.

El que me estudia, no aprecia

en mí nada superior.

Y en esta noche, señor,

he de parecerle necia,

porque encogida, nerviosa

y acobardada le veo,

y por el mismo deseo

de parecerle otra cosa.

Aunque á las veces se olvida

y se cambia de opinión,

es la primera impresión

la que decide en la vida.

¡Y en verdad, triste, fatal,

funesto para mí fuera,

que en esta impresión primera

se impresionase usted mal!

De una impresión favorable

depende la dicha mía.

¡La vida entera daría,

por parecerle agradable!

Por eso estoy asustada;

¡per mi, por él, por los dos!

JUAN. (¡Si esto es comedia, por Dios,

que está bien representada)

JAVIER. (Bajo á don Juan.)

¿Lo ves? Si la has de querer!

¡La mejor de las mujeres!

¿Lo has visto?

JUAN. (Bajo.)

Pero, ¿me quieres  
dejar tranquilo, Javier?

JAVIER. (Aún resiste. pero en vano.)

ARTURO. Empiezas bien la conquista. (Bajo á Angela.)

JUAN. Sé que es usted una artista.

ANGELA. Canto un poco y toco el piano,  
pero mal, se lo aseguro.

El nos ayuda á pasar  
la noche sin bostezar.

Yo me siento, cerca Arturo,  
toco el piano, Javier canta,

mamá se ríe al oírnos,

y el canario por seguirnos

se destroza la garganta.

Y yo miro alrededor

y soy feliz, porque digo:

Aquí mi madre, un amigo,

y el que ha elegido mi amor.

Puedo el cariño apreciar

en sus formas diferentes.

Me quieren los tres presentes,

¿qué más puedo desear?

Si hasta hoy pensé de este modo,

ya me juzgo desgraciada,

falta usted en mi velada,

para ser feliz del todo.

Hay en mi casa un vacío.

¡El padre que perdí un día!

JAVIER. (Bajo á don Juan.)

Si no gritas: ¡hija mía!

¡No tienes corazón, tío!

ARTURO. (Bajo á Angela.)

Se conmueve, se enternece.

JAVIER. (¡Calla! Ni siente, ni llora.)

JUAN. (¡Nada; que es encantadora,  
ó al menos que lo parece!)

## ESCENA VIII

DICHOS; SERAFINA, por la izquierda.

SERAF. Buenas noches.

JUAN (¡Serafinal!)

ARTURO. Esta señora...

ANGELA. Mamá.

JUAN. (¡Serafinal!)

JAVIER. Mírala.

¡La madre ha sido divina!

ARTURO. (¡Se miran de un modo extraño!)

JUAN. (Al oírla he vuelto en mí.  
Pues esa es su madre, aquí  
no hay más que farsa y engaño.)

SERAF. (¡De rencor de indignación,  
están esos ojos llenos!)

JAVIER. (La madre le gusta menos  
que la chica, con razón.)

JUAN. (Nada de vacilaciones.)

SERAF. (¿Qué es lo que puede pensar?)

JUAN. (A mí me gusta afrontar  
con valor las situaciones.)

(Bajo á Javier.)

Dejadme solo: hablaré  
con la madre

JAVIER. (Bajo á Arturo) Van á hablarse  
á solas.

ARTURO. (Bajo á Angela.) Van á quedarse  
los dos solos.

ANGELA. ¿Para qué?

ARTURO. Va á pedirte. (Bajo á Angela.)

ANGELA. ¡Va á pedirme! (Idem á Arturo.)

ARTURO. (Bajo á Javier.)

¿Crees tú que la pedirá?

JAVIER. (Bajo á don Juan.)

¿Vamos á pedirla ya?

JUAN. Pero. ¿quieres no aburrirme? (Bajo á Javier.)

SERAF. Angela, no has enseñado  
tus dibujos, ni á Javier,  
ni á Arturo; que querrán ver  
si has perdido ó si has ganado.

ARTURO. Pinta muy bien.

ANGELA. ¡Yo, por Dios!

SERAF. Pasad á mi cuarto, aquí.

JAVIER. Señora: descanse en mí.  
¡Voy de padre de los dos!  
¡Oh! yo sé de buena tinta  
que á todos nos deja atrás  
pintando.

(Bajo á don Juan.) Pídela más.

¡Corta, cose, canta y pinta!

(Salen por la izquierda.)

## ESCENA IX

### DON JUAN y SERAFINA

SERAF. Su deseo adiviné  
y los alejé de aquí.  
Acérquese usted á mí  
no nos oigan. Siéntese. (Se sientan.)

JUAN. Muchas gracias.

SERAF. Con prudencia  
y en voz baja hablar podemos.

JUAN. Es fuerza que celebremos  
una larga conferencia.

SERAF. ¡Conferencia largal Opino  
que mucho no ha de durar,  
porque yo le pienso ahorrar  
una parte del camino,  
la mitad de la jornada.  
¿Ha venido usted á ver  
si soy aquella mujer,  
aquella desventurada,  
para decirme inflexible:  
piensa en los tiempos pasados;  
¡entre esos dos desdichados  
toda union es imposible!  
¿no es esto así?

JUAN. Por mi vida  
que acertó cuanto pensé.  
Corta la entrevista fué.

Démosla por concluida.  
SERAF. ¡Oh! no, todavía, no;  
porque yo tengo el deber  
sagrado de defender  
la hija que el cielo me dió,  
y que usted quiere matarme.  
La entrevista no ha concluido,  
porque usted que es bien nacido,  
tiene el deber de escucharme.  
Hablaré poco de mí.  
Nada le importa á usted hoy  
si soy ó si ya no soy  
la misma mujer que fui.  
De mi vida, hoy un tormento,  
vida que casi ha acabado,  
una mitad es pecado  
y la otra, remordimiento.  
¡El germe de liviandad  
que mi vida envenenó,  
de mi seno lo arrojó  
la santa maternidad!  
Que hablemos de ella es mi anhelo,  
de esa sencilla criatura  
que es tan hermosa y tan pura  
cual los ángeles del cielo.  
Dios me la quiso mandar  
para borrar mis errores,  
y es digna de los honores  
que usted la quiere negar.  
Fui culpable, yo merezco  
el castigo, que ella no.  
Soy un obstáculo yo,  
don Juan, yo desaparezco.  
¡Por no verla padecer  
qué sacrificio no haría!  
Es de ustedes: ya no es mía.  
Juro no volverla á ver.  
Ella le quiere, él la adora,  
uno para otro han nacido...  
De rodillas se lo pido,  
¡Llorando!

JUAN.

¡Por Dios, señora!

Si oyen...

SERAF. Tiene usted razón.

JUAN. Calma.

SERAF. Tenerla quisiera,

JUAN. En verdad, usted exagera  
un tanto la situación.

Son dos chiquillos ahora.

Ahora se aman con locura,  
pero un mes de ausencia cura  
pasión tan abrasadora.

¡Para qué hablar del pasado!

Ahora no se trata de eso,  
señora mía, confieso  
que yo lo tengo olvidado.

Otro motivo me guía:  
mi hermano, mi compañero,  
tiene una niña á quien quiero  
como si fuera hija mía.

También ella es hechicera,  
y también un ángel puro,  
y en su prima tiene Arturo  
su natural compañera.

Ese es el sueño dorado  
de los dos, nuestra ambición,  
pues no nos quita esa unión  
los seres que hemos amado.

No se pierde un apellido  
Pasa á otras generaciones  
con las santas tradiciones  
de honor, que hemos aprendido.

No es una hija que se entrega,  
y se va y desaparece

¡Es la familia que crece  
en la casa solariega!

En esto seré inflexible.

Para mí, unidos están  
Luisa y Arturo.

SERAF. ¡Don Juan!

JUAN. ¡Pide usted un imposible!

SERAF. No pido, suplico.

JUAN. Ahora  
no es usted, soy yo quien llevo

suplicante, el que la ruego  
que no se oponga, señora.  
**SERAF** ¡Oponerme! .. Aunque quisiera...  
¿cómo?... Con resignación  
acepto la explicación,  
aunque no es la verdadera  
la explicación que me ha dado.  
De su situación no abusa.  
¡Ni recuerda, ni me acusa!  
¡Es un rasgo delicado  
que sólo tienen los buenos,  
que no olvidaré jamás,  
porque se agradece más  
cuando se merece menos!  
Voy á llamar á los dos.  
Se marchan... y yo después...  
Cuando la diga que éste es,  
que ha sido el último adiós,  
¿quién habrá que la convenza?  
¡Ella purga mi pecado!  
¡Qué lejos lleva el pasado  
si es pasado de vergüenza!  
(Sale por la izquierda.)

## ESCENA X

DON JUAN

Esperaba que me oyese  
y que hipócrita llorara  
y que después me insultara.  
¡Se va resignada! Ese  
llanto desconsolador,  
¿será verdadero? ¿Quién  
puede afirmarlo? ¡También  
se falsifica el dolor!  
Y en aquel tiempo feliz  
en que á todos engañaba,  
yo recuerdo que lloraba  
como una primera actriz.  
Estas purificaciones,

demonio ayer, santa hoy,  
¿es esto posible? ¿Estoy  
en un mar de confusiones!

## ESCENA XI

DON JUAN; ÁNGELA, ARTURO y JAVIER,  
por la izquierda.

JAVIER. Ya estamos todos aquí.

ANGELA. Aquí estamos todos ya.  
¿Qué es esto? ¿Dice mamá  
que se van ustedes?

JUAN. Si.  
Son las diez.

ARTURO. ¡Ay, cómo pasa  
el tiempo!

JUAN. Hay que retirarse  
que por mí no han de alterarse  
las cos umbres de la casa.

ANGELA. ¡Está muy serio! (A Arturo, bajo.)

ARTURO. (A Angela.) ¡Dios mío!  
¿Qué será?

ANGELA. (A Arturo.) ¿Qué podrá ser?

ARTURO. Está muy serio, Javier. (Bajo á Javier.)

JAVIER. (Bajo á don Juan)  
¿Por qué estás tan serio, tío?  
(Don Juan le separa de mal humor.)

ANGELA. (Bajo á Arturo.)  
¿Habrán reñido los dos?

ARTURO. ¿Piensas tú que habrán reñido?  
(Bajo á Javier.)

JAVIER. (Bajo á don Juan.)  
¿Qué te pasa? ¿Habéis concluido  
á farolazos?

JUAN. (Impaciente.) ¡Por Dios!

JAVIER. (¡Qué mal templados estamos!)  
¿Qué te ha dicho? (Bajo á don Juan.)

JUAN. Dájame. (Bajo.)  
Arturo, despídete (Alto.)  
de esa señorita; vamos.

- JAVIER. (¡Qué desabrido y qué agrestel)
- ARTURO. (Dando la mano á Angela.)  
¡Adiós, vida de los dos,  
Angela de mi alma!
- JAVIER. (Dandole la mano.) ¡Adiós,  
Angela del alma... de éste!
- JUAN. Señorita, adiós. (Tendiendo la mano.)
- ANGELA. Don Juan,  
supongo que esta visita  
no es la última.
- JUAN. (Turbado.) ¡Señorita!
- ANGELA. ¿Vendrán los dos?
- JAVIER. Sí vendrán.
- ANGELA. ¡Cuán de menos le echaré  
si no vuelve usted! ¡Sería  
tan cruel! Desde hoy pasaría  
mal la noche sin usted.  
¿Vendrá usted?
- JUAN. (Yo dudo y lucho.)
- ANGELA. Todos los días un rato,  
engendra cariño el trato.  
¡Quiero que me trate mucho!  
Mañana no será día  
de entrevista. Charlaremos,  
tocaremos, cantaremos.  
¿Verdad que sí?
- JUAN. Sí, hija mía.
- ARTURO. (¡Bendita sea tu boca!)  
(Bajo á Angela.)  
¡Hija mía! te ha llamado.
- ANGELA. ¡Hija! (Con mucha alegría.)
- ARTURO. (Bajo.) ¡Y está emocionado!
- JAVIER. (Tendiendo la mano á su tío )  
¡La has llamado hija! ¡Choca!
- JUAN. ¡Vaya, vaya, vamosos!  
Las diez, que son ya las diez!
- ARTURO. (Vuelve á darta la mano.)  
¡Adiós, Angela otra vez!
- JAVIER. (Le da la mano.)  
¡Angela, otra vez adiós!
- ARTURO. (Bajo á Angela.)  
Tú le vas á conquistar.

JAVIER. ¿Cómo no, siendo tan mona?

JUAN. (Esta niña me impresiona.)

Vamos.

(¡No sé qué pensar!)

(Salen por el fondo. Javier y Arturo se vuelven para mirarla y tropiezan con don Juan. Salida cómica.)

## ESCENA XII

ANGELA

Le he gustado á este señor.  
Con cariño me ha mirado,  
y, al marcharse, me ha estrechado  
la mano con gran calor,  
y me oyó con deferencia,  
y aun se lleó á soureir.

¿Que habrán podido decir  
los dos en la conferencia?

Aunque no estuve delante,  
lo sé, porque lo adivino.

¡Él habrá estado tan fino  
y mamá tan insinuante!

—¡Ah, caballero!—¡Ah, señora!

—Acérquese.—Siéntese.

—Muchas gracias. Tiene usted  
una niña encantadora.

—¡Ella encantadora, no!

—Sí; tiene una cara tan...—

(Esto lo dice don Juan,  
que no es que lo diga yo.)

—¿Conque en casarlos quedamos?

—Veremos, lo pensaremos.

—¡Cómo! Nada de veremos.

Lo más pronto que podamos.

Enan orados están,

y ya tiempo se perdió.—

(Bueno: esto lo digo yo  
si no lo dice don Juan.)

Una escena parecida

entre ambos habrá pasado.  
En fin, hoy se ha descifrado  
el enigma de mi vida.  
¡Ay! me voy á despeinar,  
que para mí tarde es,  
á darla un beso después,  
luégo á dormir y á soñar.  
Hoy un sueño delicioso,  
sueño de color de rosa.  
—¿La quiere usted por esposa?  
—¿Le quiere usted por esposo?  
—Sí, señor.—Pnes no que no.—  
Sí, otorgamos; sí, queremos.  
¡Qué conformes estaremos  
el cura, mi Arturo y yo!  
(Sale por la derecha.)

### ESCENA XIII

JAVIER y MARTINA; por el fondo, Javier con un  
ramo de flores.

MART. No hay nadie. Puede usté entrar.

JAVIER. ¿Se habrán dormido?

MART. Por fuerza.

No se las oye. Es su hora.

No pueden venir. No tema.

JAVIER. Les dí á los dos esquinazo.  
Recogí de la portera  
el ramo que me guardaba,  
y aquí estoy con mis violetas.  
Mañana es su santo. Quiero  
que la señorita vea  
que soy, entre sus amigos,  
el primero que se acuerda.  
Quiero que el primer regalo  
mi humilde recuerdo sea;  
y como la señorita  
con el alba se despierta,  
si de noche no le dejo,  
de mañana no le encuentra.

¿Dónde le pongo?

MART. El jarrón

debe tener agua fresca.

¡Qué violetas tan bonitas!

JAVIER. La imagen de esa sirena,  
toda pureza y perfume,  
toda hermosura y modestia.

MART. (Lo que es á este señorito  
le gusta de una manera  
la señorita, que el otro  
señorito es un babeiaca  
si no se me escama.)

JAVIER. ¡Oh! flores

virginales como ella,  
que entre sus dedos de rosa  
os vais á ver prisioneras,  
envuelto en vuestro perfume,  
llevadla mis tristes quejas.  
En ti deposito un beso.

MART. (¡Anda con Dios, cómo besa!)

JAVIER. Guárdale ¡oh flor! porque una  
loca esperanza me alienta.

Si al salir, si al encontrar  
mis flores sobre su mesa  
se figura que de Arturo  
son la delicada ofrenda  
y empieza á besarlas todas,  
quizás en tí se detenga,  
y, unidas nuestras dos bocas,  
por única vez se vean.

(Besa las flores y las deja en el jarrón.)

MART. (¡Vaya, que este señorito  
no pasaba de la puerta  
de mi casa si yo fuese  
quien me casara con ella.)

JAVIER. ¿Qué es eso?

(Se oye un campanillazo violento.)

MART. Un campanillazo;

y tiene la mano recia  
el que llama.

JAVIER. Ó trae prisa.

MART. Ó malas noticias. ¡Ea!

Voy á abrir.

JAVIER. ¿Quién á estas horas  
viene?

MART. Nadie, que yo sepa.

(Sale por el fondo.)

## ESCENA XIV

JAVIER

Algún vecino sin duda  
que se equivocó de puerta.

(Se aproxima al fondo.)

Ya abre Martina. La voz  
de un hombre. Esa voz me suena...

¡Mi padre! Martina dice  
que es tarde, y él dice que entra,  
y habla fuerte. Trae la voz  
que usa en los días de gresca.

Si pasa y á tales horas  
en esta casa me encuentra,  
¿qué va á pensar de los tres?

¡Yo aquí y acostadas ellas!

Yo me escondo. ¡Al cuarto de Angela!

(Corre á la puerta de la derecha.)

¡Atrás, pecador!... Se acercan.

¡Al de la madre!... Tampoco.

(Corre á la puerta de la izquierda.)

¡A ese balcón!... No, que hiela  
y llueve... ¡Tras la cortina!

¡Si la cortina no llega  
al suelo! ¡Desventurado,  
se te van á ver las piernas!

¡Vienen!

(Se esconde tras la cortina del balcón: por debajo  
asoman los piés y parte de las piernas.)

De aquí no me muevo,  
suceda lo que suceda.

## ESCENA XV

DON PEDRO y MARTINA, por el fondo.

MART. ¡Pero si están descansando!

PEDRO. ¡Sabré yo que no se acuestan  
tan temprano! Soy de casa.  
Entra á llamarla y no temas  
que te riñan. Un señor  
la quiere hablar con urgencia.

MART. ¿Qué nombre?

PEDRO. Dí que un pariente  
suyo. Quiero sorprenderla.  
Un primo, uno que fué primo  
suyo.

MART. Voy, ya que se empeña.

(Sale por la izquierda.)

## ESCENA XVI

DON PEDRO

Aquí reciben. No está  
la decoración mal puesta.  
La sala de una familia  
pobrecita, pero buena.  
No oigo ruido. ¿Estarán solas?  
Me ha hecho venir la impaciencia  
de mi carácter, temprano.  
¡Debí venir á la media  
noche, á las dos ó las tres,  
cuando esto se encuentre en plena  
bacanall! Mi dulce hermano  
se habrá venido con medias  
palabras y con consejos  
y sermones de Cuaresma.  
¡Aquí hago falta yo, uno  
que la eche por la tremenda,  
y que la sepa decir  
á la madre cuatro frescas!

## ESCENA XVII

MARTINA y DON PEDRO; SERAFINA, por la izquierda.

- MART. Este señor.  
SERAF. Caballero. . .  
¡Ah! (Reconociéndole.)  
PEDRO. ¡Me conoció! ¡Qué vieja está! Con esa carátula ya no darás tú jaquecas.)  
Señora: dispense usted si asuntos que me interesan me hacen venir á estas horas, que no sé si son las buenas.  
SERAF. Sí, realmente no es costumbre venir aquí.  
PEDRO. ¡Como á esta casa he tenido costumbre de entrar sin pedir licencia de día como de noche!...  
SERAF. Pero es bueno que comprenda que las personas varían con los años, que se alteran con los tiempos las costumbres, y que las gentes discretas deben proceder según los tiempos se lo consientan.  
PEDRO. (Siempre fué sabionda y fué camino de la Academia.)  
Pues con su permiso ..  
SERAF. Ya que se hizo usted la violencia de venir, siéntese usted y diga cuanto desea, qué ya le escucho á usted. (Se sienta.)  
PEDRO. (Siempre tuvo estos aires de reina destronada.) Muchas gracias. Mil gracias. (Hoy por las señas destronada y muy tronada.)

Mira, Serafina, deja  
ese tono circunspecto:  
á quitarnos las caretas,  
y á decirnos la verdad.  
Mi sobrino, una inexperta  
criatura...

SERAF. Le advierto á usted  
para que lo tome en cuenta,  
que hace poco estuvo aquí  
á verme don Juan Pereda,  
su hermano... creo.

PEDRO. También  
lo creo yo. Al menos lo era  
el año cincuenta y nueve,  
cuando iba conmigo á verla  
á usted.

SERAF. Parecido objeto  
le traía. Sin reservas  
se ha tratado la cuestión  
en sus fases más diversas  
entre los dos, y ha quedado  
completamente resuelta.  
Si viene á hablar de lo mismo,  
puede ahorrarse la molestia.

PEDRO. Vengo á lo mismo, y en vano  
me quieres atar la lengua.  
Si es mi hermano un infelíz,  
yo en cambio soy una fiera,  
y voy á luchar contigo  
hasta arrancarte tu presa.  
¡Cómol ¡Engañar á un muchachol  
¡Llevar á una casa honesta  
el luto! ¡No ha de ser tuya  
esa fortuna que intentas  
robar!

SERAF. ¡Martina!... ¡Martina!  
(Levantándose y llamando sin gritar.)  
Un momento.

PEDRO. Usté es muy dueña.  
(Entra Martina.)

SERAF. Se marcha este caballero.  
Acompáñale á la puerta.

Buenas noches.

(Saluda y sale por la izquierda.)

PEDRO. ¡También siempre  
tuvo estas despachaderas!

## ESCENA XVIII

DON PEDRO y MARTINA

PEDRO. (Anfa bendita de Dios.  
Yo te buscaré las vueltas,  
y probaré lo que eres  
para que en casa lo sepan.)  
Ven, muchacha. A ésta la compro.  
Toma... Si encio... Cautela (La da dinero.)

MART. Gracias, señor.

PEDRO. ¿Esta noche,  
ha venido alguien? No mientas.  
¿Cuándo se han ido los otros,  
después de las diez? Contesta.

MART. Aquí.. no (¿Dónde se habrá  
metido?) (Mirando á todas partes.)

PEDRO. ¿Por qué te inquietas  
y miras á todas partes?

MART. ¡Jesús!  
(Repara en los piés de Javier y se echa á reír.)

PEDRO. ¿Qué tienes?

MART. (Riendo.) ¡Qué idea!

PEDRO. (Sigue con la vista á Martina y ve los piés.)  
(¡Encontré lo que buscaba!  
¡Esos piés!... la Providencia.  
¡Le sorprendí y se escondió!  
¡Le ha vendido su torpeza!)  
¡Muchacha! (Llevándosela al otro extremo.)

MART. ¡Señor!

PEDRO. (¡La compro!)  
¡Toma! (La da dinero.)

MART. ¡Mil gracias!

PEDRO. (Bajo.) ¡Prudencia!  
¿Quién es ese? (Muy bajo.)

MART. ¡Ese, pues toma,

¡Torbellino!

PEDRO. (Riéndose.) (¡Torbellino! Mote y todo.

¡Será pájaro de cuenta!)

¿Vendrá por la señorita? (Bajo.)

MART. ¿Por quién quiere usted que venga?

PEDRO. (¿No lo dije yo? ¡Qué olfato

el mío! ¡La vida diera

por tener aquí al imbécil

del sobrino y al acémila

del hermano y á mi hijo.

¡Que vea esos piés y aprenda!)

## ESCENA XIX

DICHOS y ANGELA

ANGELA. Voy á besar á mamá. (Por la derecha.)

¡Calla!

PEDRO. (¡Qué chica tan bella!)

¿Es la señorita? (Bajo.)

MART. Sí.

PEDRO. Si usted me da su licencia... (A Angela.)

Servidor de usted Ahí

con Torbellino se queda.

ANGELA. ¡Con torbellino! (Sorprendida.)

PEDRO. ¡Silencio! (Bajo á Martina.)

Mañana me abres la puerta.

¡A los piés de usted! (A Angela.)

¡A las dos!

(A Martina bajo.)

(¡Caíste en la ratonera!)

(Sale por el fondo.)

## ESCENA XX

ANGELA y JAVIER

ANGELA. ¡Javier aquí! ¡Qué imprudencial!

¡Qué osadía! ¿En dónde?

JAVIER. (Saliendo.)

Aquí.

ANGELA. ¡Jesús!

JAVIER. Aquí. Porque así  
lo quiso la Providencia.  
Escuche usted. No es locura.  
¡Tenemos la nube encima!  
¡Un peligro se aproxima  
y amenaza su ventura!  
Mas no me intimida. Estoy  
de que le venzo seguro,  
¡y usted ha de ser de Arturo,  
ó de ser quien soy!  
¡Si peligro, le provoqué!  
¡Si obstáculo, os abro paso!  
¡Tú se quieres, yo te caso!

ANGELA. ¡Pobre Javier! ¡Está loco! (Riendo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

# ACTO TERCERO

---

La decoración del acto primero.

## ESCENA PRIMERA

BENITA y GEDEÓN

**BENITA.** Vamos, hombre, ámate  
y alza la vista del suelo  
para ponerla en mi cara  
alguna vez, porque tengo  
más que mirar que la alfombra,  
aunque sea de terciopelo.  
Cazurro de los demonios.  
Si tú no puedes ser bueno,  
porque no miras de frente.

**GEDEON.** ¡Benita!

**BENITA.** ¡Qué! ¡Majadero!  
Si me parece imposible  
que una mujer de mi genio  
y de mi viveza, se haya  
enamorado de un memo  
como tú, porque eres tonto,  
Gedeón, de nacimiento.  
Pero el nacimiento... esa es  
la causa de todo esto.

Los dos de Ajofrin... los dos  
jugamos desde pequeños  
en las eras, y de mezos  
bailamos y juntos luégo  
á vendimiar y á escardar  
y á espigar. ¡Ay! ¡qué recuerdos!  
¡Si en viendo un carro de paja  
me parece que te veo,  
que te veo sobre el carro  
muy cerca de mí, volviendo  
de la siega, achicharrados  
por el sol y tan contentos!  
Madrid es Madrid, ¿verdad?  
Pero el pueblo es nuestro pueblo  
y aunque parezca mentira...

GEDEON. ¡Tira!

BENITA. Tira, ¡ya lo creo!  
Y tú también tirarás,  
si Dios no pone remedio,  
de cualquier cosa.

GEDEON. ¡Bonita!

BENITA. ¡Gracias á Dios que me encuentro  
con tus ojos! ¡Que los pones  
donde deben estar puestas,  
en los míos! Es preciso  
pensar lo que resolvemos!  
Y hay que resolverse pronto  
para no perder el tiempo.  
¡No me quieres! ¡No me has dicho  
que tú me quieres, camuesol!

GEDEON. ¡Eso!

BENITA. Entonces á lo otro,  
á casarnos. Hay dinero  
y hay amor: ¿á qué esperamos?  
Algunos ahorrillos tengo  
y tú también, y el padrino  
nos ha de ayudar. Pondremos  
una tienda de vinagre,  
aceite, velas y queso.

GEDEON. ¡Eso!

BENITA. Pues habla al padrino.

GEDEON. Yo, no.

- BENITA. ¿Qué, le tienes miedo?  
GEDEON. Yo, sí.  
BENITA. Pues habla á don Juan  
GEDEON. Yo, no.  
BENITA. Pues estamos frescos.  
GEDEON. Habla tú.  
BENITA. Yo no debía  
hablar; pero estoy teniendo  
que si yo callo...  
GEDEON. Si callas  
tú, me quedo yo soltero.  
BENITA. Con este demonio de hombre  
están cambiados los frenos.  
Él es el que se avergüenza  
y yo soy la que me atrevo.

## ESCENA II

DICHOS; DON JUAN, por la derecha.

- BENITA. El hermano del padrino. (Bajo á Gedeón)  
Esta es la ocasión.  
GEDEON. (Bajo.) ¡Silencio!  
BENITA. ¡Cómo silencio! A hablar pronto, (Idem.)  
y claro, ó ya no te quiero.  
Don Juan es un buen señor.  
GEDEON. Con éste me atrevo menos.  
JUAN. ¿Qué hacéis aquí?  
BENITA. Pues Gedeón ..  
GEDEON. No, Benita.  
BENITA. Es que éste...  
GEDEON. Creo  
que ésta le quería hablar.  
BENITA. Es éste el que...  
JUAN. Bueno, bueno.  
Cualquiera de los dos. Pronto.  
Empieza, Gedeón.  
BENITA. Me alegro.  
GEDEON. Pues el caso es que...  
BENITA. ¡Cobarde! (Bajo.)  
GEDEON. (¡Cobarde yo! ¡Vas á verlo!) (Idem)



## ESCENA IV

DON JUAN; DON PEDRO, por la derecha.

JUAN. Pedro, me alegro que vengas

PEDRO. Te buscaba con empeño  
de que charlemos un rato.

JUAN. Me adivinaste el deseo.

PEDRO. Desde anoche no te he visto,  
y es hora de que cambiemos  
impresiones.

JUAN. Vas á oír  
mi confidencia.

PEDRO. Sentémonos.

¿Fuiste á la casa?

JUAN. Allá fui  
decidido y mal dispuesto.  
Entré con cara de juez  
en la sala; mas su aspecto  
me impresionó. Casa humilde,  
interior pobre y modesto;  
pero todo reluciente,  
todo alegre, todo viejo,  
pareciendo nuevo en fuerza  
de cuidados y de ingenio  
La casa del que trabaja,  
casa de pobre y de bueno;  
no la morada del vicio,  
que vive del desarreglo.  
Angela entró y acabé  
de desarrugar el ceño.  
Cara graciosa, maneras  
distinguidas, lindo cuerpo,  
voz dulce, palabra fácil  
y en todo su rostro un sello  
de simpático candor  
y de agradable despejo.  
La presencia de la madre  
volvió á encender mis recelos.  
A solas con ella un rato  
volví á ser el juez severo.

La quité toda esperanza.  
Estuve firme y euérgico.  
Me oyó en silencio: ni gritos,  
ni ayes, ni ataques de nervios,  
ni comedias, ni insolencias,  
ni fingi los lloriqueos.  
Humildad, resignación,  
dulzura Me despidieron  
cariñosas y salí  
de aquella casa diciendo:  
¿es un ángel ó un demonio?  
¿es verdad ó fingimiento?  
¿Soy un malvado, obro bien,  
soy cruel ó soy justiciero?  
Si la niña es inocente  
porque lo ha querido el cielo,  
de las culpas de la madre,  
¿por que en la niña me vengo?

**PEDRO.** ¡Já, já, já! Genio y figura...  
Tiene razón el proverbio.  
Te oigo y me muero de risa.  
El de siempre, el sempiterno  
romántico. ¡Pero qué  
romanticismo tan memo,  
tan sentimental, tan cursi,  
tan impropio de estos tiempos!  
Ve una señora y saluda  
alzando un poco el sombrero;  
mas si la dama no es dama,  
el saludo es hasta el suelo.

**JUAN.** Saludo en unas el nombre  
honrado, el vivir honesto,  
y en las otras la desgracia;  
todo es digno de respeto.  
¡Esas pobres criaturas  
que tan abajo cayeron,  
viven entre groserías  
y entre malos tratamientos,  
y prefieren un saludo  
á un puñado de dinero!

**PEDRO.** En fin, que á los veinticinco  
muy cumplidos te la dieron,

y que te la han vuelto á dar  
cuando tienes grís el pelo.

A mí no. La conocí  
entonces. Cuando tú ciego  
no veías, y hoy incauto  
que tampoco ves yo veo.

Habrás estado con e la  
cortés y caballeresco.

Yo no, chico, la he tratado  
con muy poco miram ento.

JUAN. ¿Pero tú la has visto?

PEDRO. Anoche.

Ya te expliqué mi proyecto.

Hasta las diez os reciben.

A las diez os echan, luego  
á esa casa hay que ir después  
de las diez!

JUAN. Ya.

PEDRO. Dicho y hecho.

Os dejé marchar. Salí  
detrás. Me di unos paseos.  
Dieron las diez. Llegué allá  
y me dije: aquí me cuelo.  
Me ha recibido muy digna,  
como de costumbre, haciendo  
frases largas y buscando  
muchas palabras de efecto,  
muy retórica y poética.

Yo la contesté al momento  
sin sintaxis ni gramática,  
pero muy claro y muy fresco

JUAN. ¿Estaban solas?

PEDRO. No, hombre.

Estaba el otro, el tercero,  
el que entra cuando se marcha  
Arturo.

JUAN. ¡Qué estoy oyendo!

PEDRO. ¡Estás oyendo, que eres  
un solemne majadero!  
Entré, compré á la criada  
y me descubrió el enredo.  
La niña tiene un amante,

ó dos, uno por lo menos.  
Torbellino.

JUAN. ¡Torbellino!

PEDRO. Ya sabes tú que ese género  
de mujeres, tiene mucho  
afán de buscar defectos  
y poner motes. Recuerda  
que nos llamaban en tiempos,  
á ti manitas de plata  
y á mi patitas de perro.  
Allí estaba Torbellino.  
Le adiviné desde luégo,  
tras una mala cortina  
que apenas llegaba al suelo.  
¡Allí estaba preparado  
el matón, el baratero  
de la casa, si me escurro  
y me propaso, hace un gesto  
Serafina, y sale él,  
y me rebana el pescuezo,  
es decir, eso está en duda,  
que yo sé dónde me meto,  
y yo llevaba aquí un  
revólver de reglamento,  
y si el tío me amenaza  
con la navaja, le meto  
las seis cápsulas segundas  
en el mismísimo hueso  
frontal, y lo dejo frío  
antes que me deje seco!

JUAN. ¡Qué infamia! ¡Qué liviandad!

¡Qué monstruos; y yo tan crédulo!

PEDRO. Yo no. ¡Yo tengo un olfato  
como el del mejor subueso!  
¡Ea! A proceder con brío  
y á dejarse de lamentos.  
Llamamos á ese muchacho  
y planteamos sin rodeos  
la cuestión.

JUAN. ¡Qué desengaño!

PEDRO. El sufrirá; mas el médico  
con mano firme en la liaga

debe aplicar el cauterio.

JUAN. Hablaremos de las dos  
en general. No citemos  
nombres.

PEDRO. Sí.

JUAN. Para evitar  
un choque, un disgusto.

PEDRO. Bueno.

Llamaremos al criado  
para que avise.

JUAN. Te advierto  
que tu hijo estaba en la casa;  
es visita, compañero  
de Arturo, y admirador  
de Angela.

PEDRO. Le llamaremos  
también... y de una pedrada  
dos pájaros.

JUAN. Pues á ello.

(Llama á un timbre: entra Gedeón.)

Que vengan los señoritos.

(Sale Gedeón.)

PEDRO. Mira, si aún dudas, yo puedo  
darte una prueba completa.  
Si quieres, las sorprendemos  
esta noche. Allá á las tres  
nos vamos. Abre el sereno,  
que ya está hablado, y la chica,  
que prevenida la tengo,  
y entramos. Estoy seguro  
que tienen sala de juego.  
¡Engañarme Serafina!  
¡Si cuando ella va yo vuelvo!

## ESCENA V

DON JUAN y DON PEDRO; ARTURO y JAVIER,  
por la segunda de la izquierda.

ARTURO. ¿Me llamabas?

JUAN. Pasa, sí.

- JAVIER. ¿A los dos?  
PEDRO. A tí también.  
JUAN. Siéntate á mi lado.  
PEDRO. Ven  
y siéntate junto á mí.  
JUAN. (Procedamos con prudencia.)  
PEDRO. (Se nos van á alborotar.)  
(Se sientan los cuatro.)  
JUAN. Tenemos que celebrar  
los cuatro una conferencia.  
Vamos con serenidad,  
sin prejuicios ni pasión,  
á tratar una cuestión  
de la mayor gravedad.  
Tú tranquilo y yo sereno.  
Aquí no hay padres ni hay tíos;  
aquí somos, hijos míos,  
sólo cuatro amigos.
- ARTURO. Bueno.  
JUAN. Con nosotros os igualo,  
mi autoridad deponiendo.  
PEDRO. Para empezar, recomiendo  
á todos la cama.
- JAVIER. (Malo.)  
JUAN. Lo que te voy á decir  
me lo aconseja el cariño.  
¿Qué eres hoy, Arturo? Un niño  
que ahora principia á vivir.  
Aún andas perdiendo el tino,  
mas tu padre va mirando  
delante de ti, y quitando  
peligros de tu camino.  
Hoy con profundo temor  
veo delante de tí  
uno muy grande.
- ARTURO. ¿Cuál? ¿Dí?  
¿Dónde el peligro?  
JUAN. Tu amor.  
ARTURO. ¡Mi amor!  
JUAN. Sí, Arturo. Es horrible  
decir á un enamorado:  
¡Esa unión en que has soñado

es imposible!

ARTURO. ¡Imposible! (Levantándose.)

JAVIER. ¿Qué dices?

(Poniéndose en pié repentinamente.)

ARTURO. Esto es soñar.

¡Que mía no ha de llamarse!

JUAN. ¡No!

JAVIER. ¡Que no puede casarse!

PEDRO. ¡Que no se puede casar!

ARTURO. Padre mío, ¡yo protesto  
de ese peligro soñado!  
Al principio has renunciado  
tu autoridad. No hay en esto,  
por lo tanto, imposición.  
No dices: esto ha de ser  
porque sí. Quiero saber  
la razón.

JAVIER. Sí, la razón.

(Con mucha vehemencia.)

Queremos que nos la deis,  
queremos explicaciones,  
queremos satisfacciones.  
¡Sí!

PEDRO. ¡Queremos que os sentéis!

(Se sientan Arturo y Javier.)

JUAN. Cuando me decido á hablar,  
razones he de tener.

Tú las deseas saber.

Yo no te las puedo dar.

Porque al darte mis razones  
quiere la negra fortuna  
que desarre una por una  
tus más dulces ilusiones.  
Y horrible angustia me da,  
aunque el bien tuyo me guía,  
herir un alma tan mía,  
que me está doliendo ya.

JAVIER. ¡Qué negro presentimiento!

JUAN. (Procedamos poco á poco.)

PEDRO. Juan, le vas á vo' ver loco  
con ese lúgubre aceuto,  
con esa voz de campana.

¿Crees tú que se va á morir?  
¡Bah! yo os lo voy á decir  
de la manera más llana  
y breve. ¿Qué es esto? dices.  
Que ambos por el mundo vais,  
y que ya de hombres la echáis,  
y que sois dos infelices  
del género candoroso.  
Os han visto, os han llamado,  
y á ambos os han engañado  
del modo más lastimoso.  
A nuestra edad, lo corriente...  
En suma, la verdad plena,  
que esa familia no es buena,  
que esa casa no es decente,  
y que allí se concertó  
entre las dos vuestra ruina,  
y que es mala Serafina  
y Angela...

ARTURO. ¡Eso, no! (Con mucho fuego.)

JAVIER. ¡Eso, no! (Idem.)

ARTURO. ¡Angela es pura!

JAVIER. ¡Inocente!

ARTURO. ¡Candorosa!

JAVIER. ¡Angelical!

ARTURO. ¡El que dice de ella mal,  
injuria!

JAVIER. ¡Calumnial!

ARTURO. ¡Mientel!

JUAN. ¡Cómo! ¡Cuidado conmigo!

(Se levanta fatigoso)

PEDRO. ¡El trasto se me atrevió! (Idem.)

JUAN. ¡Injuriar! ¡Lo digo yo!

PEDRO. ¡Mentir! ¡Soy yo quien lo digo!

JUAN. ¡Soy yo, su padre de usted!

PEDRO. Su padre de usted, ¿estamos?

JAVIER. Pero, bueno, ¿en qué quedamos?

(Con mucha calma.)

¿Somos amigos, ó qué?

Antes hemos convenido

en ser cuatro amigos.

JUAN.

No.

Yo vuelvo á ser padre.

PEDRO. Y yo.

JUAN. La discusión ha concluído.  
Quise ser blando y humano.  
Me insultan: ya no soy bueno.  
Ahora mando y ahora ordeno.  
Ahora soy padre y tirano,  
que no exhorta, que conmina.  
Yo no puedo consentir  
que mi hijo se llegue á unir  
á la hija de Serafina.  
Esa mujer impudente  
de un pasado corrompido.  
¡Tan pecadora, que ha sido  
escándalo de la gente!

ARTURO. ¡No lo creo; no, por Dios!

JAVIER. Mira, vamos á dejar  
á la madre. ¡A pelear  
por la chica!

ARTURO. ¡Por las dos!  
¡Con fe, con valor, con brío!  
¡Se engaña quien lo asegura!  
¡No ha podido ser impura  
la madre del ángel mío!  
No; jamás, con impureza  
miraron provocativos  
aquellos ojos, aún vivos,  
que hoy miran con tal tristeza.

JUAN. El público...

ARTURO. Se engañó  
el público.

PEDRO. Fué una estrella  
en sus tiempos.

ARTURO. Era bella,  
y la calumnia la hirió.

JUAN. Más de uno pasó contento  
á su lado horas dichosas  
de amor.

ARTURO. En cuestión de hermosas  
llega uno y se aaban ciento.

PEDRO. Ese es el número... ¡cien!

ARTURO. ¡Ilusión!

- PEDRO. ¡Cómo ilusión!  
Si ha tenido amores con. .
- JAVIER. ¿Con quién?
- PEDRO. ¡Qué sé yo con quién!
- JAVIER. ¡Ah! ¡no sabes! ¡La malvada  
calumnia! ¡Se arrastra! ¡Miente!  
Si se la ataca de frente.  
¿qué es lo que contesta? Nada.  
Este... aquél... el otro.. ciento.  
Se dice... Se cuenta .. En suma.  
¡Aire que lleva una pluma!  
¡Ese es todo el fundamento!  
¡Que nos den pruebas, y así  
sólo nos convenceremos!
- ARTURO. ¡Pruebas!
- JAVIER. ¡Un nombre queremos!
- JUAN. ¿Un nombre?
- PEDRO. ¿Un nombre?
- ARTURO. Si.
- JAVIER. Sí.
- JUAN. (Llevándose á un lado á Arturo.)  
(Esa mujer, hijo mío.. )
- PEDRO. (Llevándose aparte á Javier.)  
¡Esa mujer corrompidal... (Bajo.)
- JUAN. Tuvo amores (idem.)
- PEDRO. Fué querida. (idem.)
- JUAN. Con tu tío.
- PEDRO. De tu tío. (idem.)
- JAVIER. ¿Pero es posible?
- PEDRO. Así fué. (idem.)
- ARTURO. ¿Cierto es?
- JUAN. Por cierto lo dan.
- PEDRO. (¡Te he sacrificado, Juan!) (Bajo.)
- JUAN. (¡Pedro, te sacrificué!) (idem.)
- JAVIER. Arturo, yo insisto. Ten  
filosofía. Dejemos  
á la madre.
- ARTURO. No debemos...
- JUAN. Dejad á la hija también.
- ARTURO. ¡A esa nunca, á esa mi amor  
no la abandona! Hoy comprendo  
su desgracia y la defendiendo

con más fe, con más valor.  
¡Si voló sobre su cuna  
el genio impuro del mal,  
aún su frente virginal  
no se manchó por fortunal  
¿Cuáles son esas teorías?  
¿Qué moral se os enseñó?  
¡Ante quién respondo yo  
de culpas que no son mías!  
Cuando el mundo gima y tema  
en la duda y la agonía,  
al saber que llegó el día  
de la justicia suprema,  
no nos veremos sentados  
tú y yo á un tiempo en el banquillo,  
no irán juntos al platillo  
tus faltas y mis pecados.  
Antes tu culpa y tu pena,  
yo luégo: ¡esa es la equidad!  
¡Ni me salva tu bondad,  
ni tu maldad me condena!

**PEDRO.** ¡Bravo! ¡Discurso acabado!  
¡Inñitable elocuencia!  
¿Y las leyes de la herencia,  
dónde te las has dejado?  
Se transmite el mal y el bien  
lo mismo que la moneda,  
y el tubérculo se hereda  
y la liviandad también.  
De la charca repugnante,  
¿qué nace? el miasma homicida,  
y cada cosa en la vida  
engendra su semejante.  
Va en la sangre del sujeto,  
la bondad ó la maldad.

**JAVIER.** ¡Eso tampoco es verdad!  
(Con mucho fuego. Movimiento en don Pedro.)  
Dicho con todó respeto.  
¡Del barro el hombre salió  
y tiene vida inmortal,  
y de tí, un hombre formal  
y serio, desciendo yo!

La larva más repugnante  
se transforma en mariposa,  
y la noche tenebrosa  
engendra la luz brillante.  
La alegría del dolor  
nace: la paz de la guerra.  
¡Extiende sobre su tierra  
estiércol el labrador,  
y de aquello que es del mundo  
animal, residuo infesto,  
de aquel desperdicio y resto  
tan fétido como inmundo,  
á la luz de la mañana  
nace espléndido tesoro:  
entre las espigas de oro  
las amapolas de granal

**JUAN.** Ea, basta de sermones,  
que el tiempo estamos perdiendo.  
Nos estamos extendiendo  
en necias disquisiciones.  
Me cansé de discutir  
y ahora me toca mandar.  
Es preciso renunciar,  
porque no he de consentir.

**ARTURO.** ¡Qué desgraciada es mi suerte!

**JUAN.** Yo por tu bien te aconsejo.

**ARTURO.** ¡No, padre, yo no te dejo  
hasta lograr convencerte!

(Sale don Juan por la derecha, y detrás Arturo.)

## ESCENA VI

DON PEDRO y JAVIER

**PEDRO.** ¡Jesús, Jesús qué chiquillos!  
¡Qué discursos, qué teorías!  
Esto ha sido una academia,  
no una reunión de familia.  
¡El demonio que discuta  
con estos ateneistas!  
¡Ay, mi cabeza! Ya tengo  
que tomar la antipirina.

Pero, en fin, el resultado  
de tantas filosofías,  
es que el chico no se casa  
á pesar de la magnífica  
defensa de este abogado,  
que lo es de causas perdidas

JAVIER. Pues mejor. Si yo me alegro;  
si es cosa definitiva.

PEDRO. Vamos, menos mal. Comprendes  
que era una gran tontería.

JAVIER. ¡No es por eso: es porque si él  
no se casa con la chica,  
me caso yo!

PEDRO. ¡Que te cases  
tú!

JAVIER. Sí. Pero en seguida.  
Y yo no an-lo por las ramas.  
Cojo á la muchacha un día,  
y á la iglesia; y cuando el cura  
se vuelve y dice: *ite misa*  
*est*, yo me arrodillo  
y la grito: ¡esposa mía!  
¿Quieres? ¿Otorgas? ¿Recibes?  
Sí, sí, sí. Boda concluida.  
Casados. Señor don Juan,  
hay contra las tiranías  
de los padres, leyes sabias  
y justas. Soy por mi dicha  
menor. Que me depositen  
en casa de alguna amiga.  
¡Angela! Tú llevarás  
un nombre; que tú eres digna  
de un hombre honrado, porque eres  
virgen, santa, pura y limpia!  
Este conflicto no es nuevo,  
se ha presentado en la vida  
mil veces; pero aquí no  
va á resolverse á la antigua  
usanza: la madre demente;  
la hija que se sacrifica  
y el convento que sus puertas  
abre á la triste novicia

- A la moderna, con boda.  
Será suya ó será mía.
- PEDRO. Hombre, en lugar de enfadarme  
me estoy muriendo de risa.  
Eres tonto de remate.
- JAVIER. ¿Yo?
- PEDRO. Desde la coronil'a  
á los piés. ¡Oh, veinte años!  
¡Edad que todos envidian!  
Edad del pavo. ¡Qué bien  
en ti se personifica!  
¡Qué bien los llevas!
- JAVIER. Mil gracias.
- PEDRO. Vamos, ven. Toma una silla;  
ven á charlar.
- JAVIER. (Se sientan.) ¿Como amigos,  
otra vez? (Con sorna.)
- PEDRO. Con la más íntima  
confianza. Conque, según  
me dicen, ¿también visitas  
tú aquella casa?
- JAVIER. Es verdad.
- PEDRO. Y te gusta algo la niña.
- JAVIER. ¡Un ángel!
- PEDRO. ¡Cuánto me alegro!  
Vas hasta las diez. Muy finas  
os despiden á las diez,  
y tú entonces te retiras.
- JAVIER. ¡Es claro!
- PEDRO. ¿Y ellas?
- JAVIER. Se quedan,  
se acuestan, y hasta otro día.
- PEDRO. Y allí ya nadie. (Burlándose)
- JAVIER. ¡Ya nadie!
- PEDRO. ¡Hombre, parece mentira  
que seas tan inocente!  
¡Qué chicos! Cuando te ibas  
llegué anoche. Eran las once  
cuando entré.
- JAVIER. ¡Tú! No sabía...
- PEDRO. Oye hasta el final.
- JAVIER. Escucho.

- PEDRO. Yo conocí á Serafina  
en otro tiempo.
- JAVIER. — Adelante.
- PEDRO. Me recibió sorprendida  
porque la hora... ¡Ella asustarse  
de la hora! ¡Qué hipocresía!  
A mí nunca me engañó.  
Siempre tuve buena vista  
y descubrí el gatuperio  
que ocultarme pretendía.  
¡Ah, infeliz! ¡Ah, pobre iluso!
- JAVIER. Pcr bajo de una cortina  
asomaban unos piés.
- PEDRO. ¿Cómo?
- JAVIER. Que no se movían;  
pero que te delataban  
la presencia masculina  
de un hombre, y como eran dos,  
á las dos comprometían.
- PEDRO. ¿Qué dices?
- JAVIER. ¡Oh, edad del pavo!
- PEDRO. A ver, á ver, si me explicas...
- JAVIER. ¡Veinte años! ¡Qué bien los llevo!  
¡Edad de la tontería!
- PEDRO. Javier... ¿Cómo sabes tú?...  
Es preciso que me digas...
- JAVIER. Yo, que soy tonto, me callo.  
Tú que eres sabio, adivina.

## ESCENA VII

DICHOS, BENITA y GEDEON

- GEDEON. ¿Se puede entrar? (Desde el fondo.)
- PEDRO. No se puede.
- JAVIER. Entrad, yo doy por concluída  
la conferencia.
- PEDRO. ¿Qué es ello?
- GEDEON. Pues nada; que la Benita  
me dice: díle al señor  
lo que me has dicho; que él diga

lo que ha de decir acerca  
de lo que tú me decías.

BENITA. Como es usted mi padrino,  
es natural que le pida  
permiso para casarme.

PEDRO. ¿Tú casarte? No en mis días.  
¡En mi casa no se casa  
ya nadie! Y ojalá siga  
el mundo entero este ejemplo.  
Y antes de un siglo se extinga  
por siempre la raza humana,  
que es una raza maldita!  
(Sale por la derecha.)

BENITA. ¿Qué le hemos hecho al señor?  
¡Ay, Dios mío de mi vida!

GEDEON. ¿Lo ves? ¡Hemos fastidiado  
á la raza humana!

JAVIER. ¡Chical  
¡Muchacho! Venid aquí.  
¿A tí te gusta este quidam?

BENITA. *Quidam*, y dígalo usted.  
Le quiero, aunque no debía  
quererle.

JAVIER. ¿Y á tí esta moza?

GEDEON. La quiero para costilla,  
dicho sin faltar.

JAVIER. ¡Muchachos,  
yo os llevo á la Vicaría!  
¡Yo os caso!

BENITA. ¿Usted?

GEDEON. ¡Señorito!

JAVIER. ¡Yo! Cuando me desafían  
soy una fiera. Dejadme,  
y no paséis más fatigas.  
(Salen por el fondo.)

## ESCENA VIII

JAVIER; ARTURO, por la derecha.

JAVIER. ¿No le has convencido?

ARTURO. No.

Con todo, en mi compañía  
es otro hombre. Le convezo  
á ratos... duda... vacila.  
Aquí, el mayor enemigo  
de mi amor y de mi dicha,  
es tu padre.

JAVIER. Sí, mi padre.

A más, hay otra enemiga:  
la madre de ella.

ARTURO. ¡Javier!

JAVIER. Perdóname. No querría  
ofenderte, pero tengo  
dudas.

ARTURO. No me mortifican  
á mí Las negras sospechas,  
que son tan solo malicias,  
con que tu padre y el mío  
pretenden manchar su vida,  
no han arrancado de mi alma,  
hacia aquella pobrecita  
anciana, el santo cariño  
que siento como sentía.  
Ha podido ser culpable,  
traidora, liviana, indigna;  
mas hoy el remor timiento  
y el dolor la purifican,  
que Dios quiso redimir  
á las mujeres caídas.  
Lleno está el cielo, Javier,  
de gente *non sancta*. Dimas  
era un ladrón; cortesana  
la hermosa Santa María  
Egipciaca; Saulo, hereje;  
aficionado á la tumba,  
San Franco. Ayer pecadora,  
hoy es mártir Serafina  
Viene de abajo, del fango;  
¡más mérito estar arriba!

JAVIER. ¡Bravo! ¡Así piensan los buenos!  
¡Así pienso yo! Y si á Luisa  
la preguntas, sostendrá  
también la misma doctrina.

¿Por qué? Porque somos jóvenes.  
¡La vejez es egoísta,  
es cruel, y nunca disculpa;  
y en cuanto puede, castiga!  
En la juventud está  
el amor, la poesía  
y el noble desinterés.  
¡Ella, la leal amiga  
del desvalido, del pobre  
y de la mujer caída!  
¡Oh! ¡Benditos veinte años,  
bien van en mi compañía,  
y que Dios me los conserve  
á mí por toda la vida!  
¡Bah! no dudes. Yo te caso.  
Un juramento me obliga.  
Te caso, ó volamos todos  
con la nitroglicerina.

ARTURO. ¿Por qué perderla? En el mundo,  
¡qué infamias y qué injusticias!

## ESCENA IX

DIDHOS; LUISA, por la primera de la izquierda.

LUISA. ¿Pero qué sucede aquí?  
Mi hermano habla solo, grita,  
se pasea. El pobre Arturo  
acongojado suspira,  
y oculta con el pañuelo  
el rostro. ¿Alguna noticia  
desagradable?

JAVIER. No es nada.  
La guerra civil y el cisna  
en casa. Los dos tiranos  
contra Arturo se coaligan.  
¡No se casa!

LUISA. ¡No se casa!  
¡Cómo! ¿Es cierto?

JAVIER. ¡Pobre! ¡Mira!  
¿Lo dudas? ¿No ves que llora?

Ama con idolatría,  
y es muy capaz de morirse,  
aunque yo no lo permita.

LUISA. ¡Arturo!

ARTURO. ¡Luisa del alma!

LUISA. Bien sabe Dios que daría  
por verte feliz la sangre  
de mis venas.

ARTURO. ¡Pobre prima!

LUISA. Mas, ¿qué ha pasado? ¿Qué causa?

JAVIER. Pues la madre .. ¡habladurías!

Parece que la conducta  
de la madre susodicha  
no fué en los tiempos pasados  
ni correcta, ni castiza.

En fin, misterios que no  
deben decirse á las niñas.

LUISA. ¿Qué podemos hacer?

ARTURO. Nada.

JAVIER. ¿Cómo nada! ¿Tú te achicas?

¡Y tú eres hombre, y tú quieres!...

¡Cómo! ¡Amor y cobardía!

Yo tengo un plan: escuchadme.

Mi padre es el que domina

á tu padre, el enemigo

mayor de aquella familia.

Cogemos á don Juan solos.

Tú lloras y tú suplicas,

y yo pronuncio discursos,

y los dos le hacéis caricias,

y yo me enfado, y los tres

nos ponemos de rodillas.

En fin, le volvemos loco.

¡Silencio! ¡Aquí se aproxima!

Yo en esta puerta vigilo;

aunque me rompa la crisma

si llega mi padre, cierro.

¡Valor!... ¡A las batallas!

¡Austerlitz ó Waterloo!

¡La batalla decisiva!

## ESCENA X

DICHOS; DÓN JUAN, por la derecha, muy pensativo.

- JUAN. (En cuanto me dejaron solo  
vuelvo otra vez á mis dudas,  
y me atormenta el recuerdo  
de aquella dulce criatura.)  
(Luisa se acerca; Arturo permanece lejos: Javier  
se coloca á la puerta de la derecha.)
- LUISA. ¡Mi querido tío!
- JUAN. ¡Luisa!
- LUISA. Ven.
- JAVIER. (Empieza ya la lucha.)
- LUISA. Siéntate aquí. ¿Qué te pasa?  
¡Estás triste! Disimulas  
tu dolor: pero en el alma  
tienes mucha pena, mucha.
- JUAN. No, Luisa...
- LUISA. Yo sé el por qué.  
Tú no deseas que sufra  
tu hijo y sufre por tu causa.  
¡Antes lloraba como una  
mujer!
- JUAN. ¡Lloraba!
- LUISA. ¿Por qué  
te opones á su ventura?  
Has hablado á esa mujer  
que una pasión tan profunda  
le ha inspirado. ¿Es antipática,  
es repulsiva, es adusta?
- JUAN. Al contrario: encantadora,  
ahora que él no nos escucha.  
Hay en ella algo que atrae,  
que fascina, que subyuga.  
Dulzura en aquellos ojos,  
que como soles alumbran,  
pureza en aquella frente  
y en aquella voz ternura.
- JAVIER. (Viniedo cerca de don Juan.)  
La chica es buena, creedme  
á mí. Tu tío se ofusca.

Es buena.

ARTURO. (Acercándose.) ¡Angela, un ángel!  
El que lo niega, la insulta.

JAVIER. No seas tonto: si á tu padre  
la chica también le gusta.

ARTURO. ¡La pobre madre!...

LUISA. ¿Es la madre  
el obstáculo?

JAVIER. ¡Tontuna!  
¿Qué obstáculo? ¿Dónde está?  
Si esa señora no dura  
dos meses.

ARTURO. ¡Pero Javier!

JAVIER. ¡Si tiene un pié ya en la tumba!

ARTURO. Hombre. ¡por Dios! Con razón  
al escuchar tus locuras  
la pobre Angela te llama  
Torbellino.

JUAN. ¡Qué!

JAVIER. Y me gusta  
la palabra, porque soy  
un ciclón.

JUAN. Atiende, escuchal

¿Tú estabas anoche allí?

JAVIER. Y en ocasión oportuna.  
Cuando penetró mi padre.  
Ya conoces la aventura. (A Arturo.)  
Mi padre me adivinó  
tras la cortina. Se oculta,  
dijo. ¡Es un amante!

ARTURO. ¡Allí  
no hay amantes!

JAVIER. ¡Son calumnias!

Déjame: guarda la puerta.

(Corre Arturo á la puerta que guarda Javier y  
Javier al sitio que ocupa Arturo. En el camino se  
tropiezan.)

Esta es la gran coyuntura.

Óyeme, querido tío.

A mí las gentes me injurian:  
dicen que hablo por los codos  
y á todos vuelvo tarumba,

y no es cierto. Escucha y dí  
si son teorías absurdas  
las que te voy á explanar,  
ó razonables y justas.  
¿Tú declaras á los hijos  
responsables de las culpas  
de los padres?

LUISA. Qué han de ser  
responsables

JUAN. ¡Eso, nunca!

JAVIER. Bueno: este chico es muy joven.  
No hemos de hacer la locura  
de casarle ahora. Te tomas  
un año, dos, más. Preguntas  
acerca de ellas, indagas,  
ves á la chñca, la estudias,  
la examinas, la analizas,  
y si la chñca resulta  
inocente, irresponsable  
por tanto de ajenas culpas,  
nos das aquí tu palabra  
solemne de hacerla suya,  
y á la madre una pensión,  
y una casita muy cuca  
muy lejos, en Almería,  
ó en Huelva, ó en la Coruña.  
¿Digo disparates?

JUAN. No.

ARTURO. (Duda.)

JAVIER. (Piensa.)

LUISA. (Capitula.)

ARTURO. ¡Padre, es mi dicha!

LUISA. ¡Es su dicha!

JAVIER. ¡Es su vida!

LUISA. ¡Es su ventura!

JAVIER. ¡Guarda la puerta! (A Arturo.)

ARTURO. ¡Mi tío!

JAVIER. (¡Ahora sí que me excomulga!)

## ESCENA XI

DICHOS y DON PEDRO

- JUAN. Al fin me habéis convencido.  
PEDRO. (¿Le han convencido? ¿Qué es esto?)  
JUAN. Acepto el plazo propuesto.  
Un año. Está convenido.  
Volveré á ver á esa hermosa.  
Piensa en tus dichas futuras.  
Si es cierto lo que aseguras,  
Angela será tu esposa.  
PEDRO. ¡Cómo!  
JUAN. ¡Calla! No te oiré.  
PEDRO. ¡A tu hermano! ¡Bueno fuera!  
JUAN. La que vale es la primera  
impresión.  
PEDRO. Escúchame.  
JUAN. No puedo.  
PEDRO. Fatal error.  
JUAN. Error el tuyo será.  
PEDRO. ¿Y Torbellino?  
JUAN. Ahí está  
Torbellino.  
JAVIER. Servidor.  
PEDRO. ¿Quién? ¿Tú? ¿Cómo!  
ARTURO. (Abrazándole.) ¡Padre!  
JUAN. ¡Aquí!  
(Juan sale por la derecha.)  
ARTURO. ¡Luisa mía! (Abrazándola.)  
LUISA. ¡Primo mío!  
ARTURO. ¡Javier de mi vida! (Abrazándole.)  
(Se dirige á su tío con los brazos abiertos.) ¡Tío!  
PEDRO. ¡Eh! No me abrasces á mí.  
ARTURO. ¡Por fin nos hemos salvado!  
¡La dicha nos ilumina!  
Voy corriendo. ¡Serafina!  
¡Angela! (Sale por el fondo.)  
JAVIER. ¡Los he casado!  
(Con mucho entusiasmo.)

## ESCENA XII

DON PEDRO, LUISA, JAVIER, BENITA y  
GEDEÓN

- PEDRO. ¡Los casaste! ¡Hermosa acción  
que lloraremos un día!  
Vaya, haz otra tontería.
- JAVIER. Voy. ¡Benita! ¡Gedeón!  
(Llamando desde el foro.)
- PEDRO. ¡Chico!
- JAVIER. ¡Aquí la casa toda!
- PEDRO. ¿Qué es eso?
- JAVIER. Otro desatino.  
(Benita y Gedeón por el fondo.)
- BENITA. Señor.
- JAVIER. Benita, el padrino  
consiente al fin en tu bodal
- PEDRO. ¡Yol
- JAVIER. ¡Consiente alborozado  
y te da su bendición  
y te dota!
- BENITA. ¡Gedeón!
- GEDEON. ¡Benita! (Abrazándose.)
- JAVIER. ¡Los he casado! (Con mucho entusiasmo.)  
(Salen por el fondo.)

## ESCENA XIII

DON PEDRO, LUISA y JAVIER

- PEDRO. (Abrazándola.)  
¡Luisa mía, ven aquí!  
¡Abracémonos los dos!  
¡Si luché, bien sabe Dios  
que sólo luché por tí!  
Dí. ¿Qué has hecho?
- JAVIER. Mi deber.  
Darle mi dicha y mi dama.
- PEDRO. ¡Pero y Luisa que le ama! (Bajo.)

JAVIER. ¡Luisa!

PEDRO. ¡Sí!

LUISA. (¡Cómo ha de ser!

Adiós, por última vez,  
ilusión desvanecida!)

PEDRO. (¡Adiós, sueño de mi vida,  
la dicha de mi vejez!)

JAVIER. (¡Adiós, mujer seductora!  
¡Yo mismo te echo en sus brazos;  
pero el alma hecha pedazos  
aún repite que la adora!)  
¿Ves? Yo la adoro y los caso.  
Luisa le quiere y serena,  
ni le odia ni le condena.  
¿Es esto locura a caso?  
¡Esto es, señor pesimista,  
nobleza de corazón,  
juventud!

PEDRO. ¡Tienes razón!  
Yo soy viejo y egoista.  
¡Oh! juventud, de lo hermoso  
y lo divino destello,  
capáz de todo lo bello,  
lo grande y lo generoso.  
¡Juventud! ¡Edad florida!  
¿Por qué tan pronto te vas,  
y por qué no vuelves más,  
primavera de la vida?  
(Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

- CARA Y CRUZ, juguete cómico en un acto y en verso.
- EL SEXO DÉBIL, juguete cómico en un acto y en verso.
- EL ÚNICO EJEMPLAR, comedia en un acto y en verso.
- ABOGACÍA DE POBRES, juguete cómico en un acto y en verso.
- SERVIR PARA ALGO, comedia en un acto y en verso.
- EL NÚMERO TRES, comedia en tres actos y en verso.
- VANITAS VANITATUM, comedia en tres actos y en verso.
- ECHAR LA LLAVE, comedia en un acto y en verso.
- HAZ BIEN..., comedia en tres actos y en verso.
- PARA UNA COQUETA UN VIEJO, comedia en dos actos y en verso.
- INOCENCIA..., comedia en tres actos y en verso.
- AL SANTO, AL SANTO! apropósito cómico en dos actos y en verso.
- CONTRA VIENTO Y MAREA, comedia en tres actos y en verso.
- COMO SE EMPIEZA, comedia en un acto y en verso.
- UNA COMEDIA Y UN DRAMA, comedia en dos actos y en verso.
- COMO LAS GOLONDINAS, comedia en tres actos y en verso.
- CHAMPAGNE FRAPPÉ, juguete cómico en un acto y en verso.
- NI LA PACIENCIA DE JOB, comedia en tres actos y en verso.
- EL OCTAVO, NO MENTIR, comedia en tres actos y en verso.
- LA FUERZA DE UN NIÑO, comedia en tres actos y en verso.
- ESCURRIR EL BULTO, comedia en un acto y en verso.
- POR FUERA Y POR DENTRO, comedia en dos actos y en verso.
- LA BUENA RAZA, comedia en tres actos y en verso.
- MALDITOS NÚMEROS! comedia en tres actos y en verso.
- ENSEÑAR AL QUE NO SABE, comedia en tres actos y en verso.
- LA ELOCUCIÓN DEL SILENCIO, comedia en tres actos y en verso.
- SIN FAMILIA, comedia en tres actos y en verso.
- DE TODO UN POCO, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
- EL OTRO, comedia en tres actos y en verso.
- UN AÑO MÁS, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
- ¿PEREZ Ó LOPEZ? comedia en tres actos y en verso.
- POBRE MARÍA! monólogo en un acto y en verso.
- EN PLENA LUNA DE MEL, comedia en un acto y en verso.
- SIN SOLUCIÓN, comedia en tres actos y en verso.
- PENSIÓN DE DEMOISELLES, humorada en un acto con el Sr. Vital Aza.

CAERSE DE UN NIDO, comedia en acto y en verso.  
BODA Y BAUTIZO, sainete, con el Sr. Vital Aza.  
EN PRIMERA CLASE, comedia en tres actos y en verso.  
UN VIAJE Á SUIZA, arreglo en tres actos con el Sr. Vital Aza.  
LA MANO DERECHA, juguete en un acto y en verso.  
LOS DEMONIOS EN EL CUERPO, comedia en un acto y en verso.  
VIVIR EN GRANDE, comedia en tres actos y en verso.  
LA LISTA GRANDE, comedia en un acto y en verso.  
EL DIA DEL SACRIFICIO, juguete en un acto y en verso.  
METERSE Á REDENTOR, comedia en tres actos y en verso.  
MANZANILLA Y DINAMITA, comedia en un acto y en verso.  
VIVA ESPAÑA! sainete en un acto, en prosa y verso.  
EL ENEMIGO, comedia en tres actos y en verso.  
LOS HUGONOTES, comedia en dos actos y en verso.  
ENTRE PARIENTES, comedia en un acto y en verso.  
LA SOPA DE ALMENDRA, apropósito en un acto y en verso.  
VIAJEROS DE ULTRAMAR, comedia en dos actos y en verso.  
LA VIEJA LEY, comedia en tres actos y en verso.  
¿ME CONOCES? juguete cómico en un acto y en verso.  
EL TREN DEL BOTIJO, comedia en dos actos y en verso.  
EN CASA DE LA MODISTA, juguete cómico en un acto y en verso.  
LA NIÑA MIMADA, comedia en tres actos y en verso.  
LA CREDENCIAL, comedia en tres actos y en verso.  
EL SERENO DE MI CALLE, juguete cómico en un acto y en verso.  
LA SEÑÁ FRANCISCA, comedia en dos actos y en verso.  
LA REVISTA, zarzuela en un acto, original y en verso, música  
del maestro Caballero.  
LOS HIJOS DE ELENA, juguete cómico en dos actos y en verso.  
ABOGAR CONTRA SÍ MISMO, comedia en tres actos y en verso.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL  
PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

---

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

## PUNTOS DE VENTA

---

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.